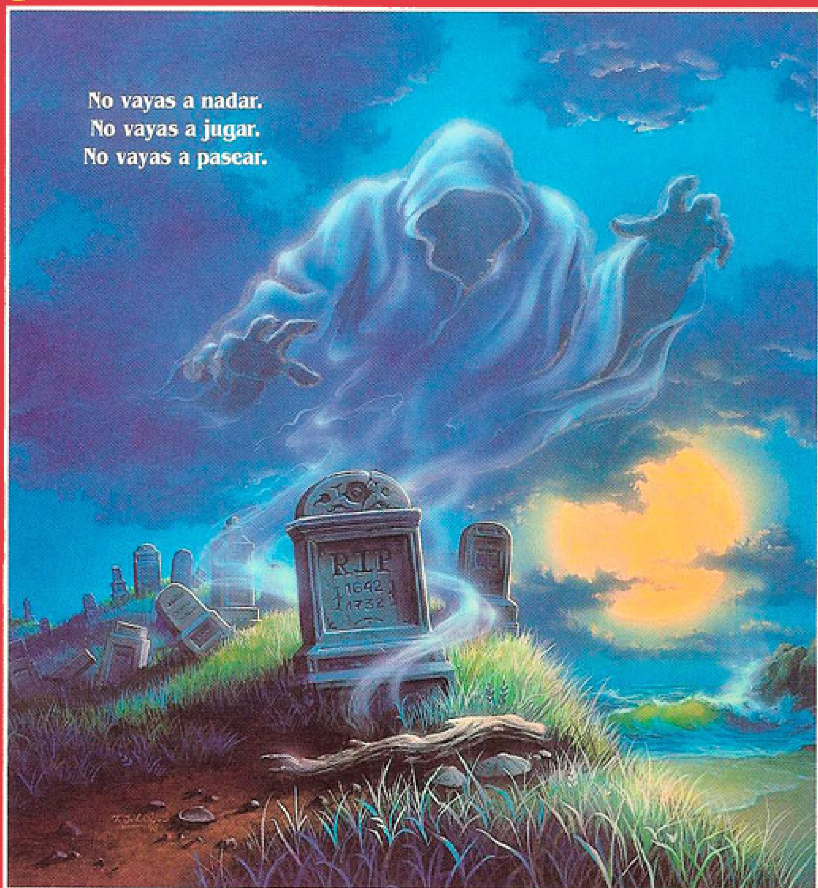
R·L·STINE

Pesadillas®

La playa del fantasma



Jerry tiene unos enormes deseos de explorar la oscura y tenebrosa cueva que ha descubierto en la playa. Unos amigos le cuentan entonces que hay una historia sobre un fantasma que vive dentro de la cueva. Un fantasma de hace trescientos años que sólo se deja ver en las noches de luna llena. El espectro merodea por la playa y va aterrorizando a la gente. Tal vez se trate de una leyenda, o tal vez no.



R. L. Stine

La playa del fantasma

Pesadillas - 32

ePub r1.3

k1983 27.09.14

Título original: *Goosebumps #32: Ghost Beach*
R. L. Stine, 1994
Traducción: Silvia García

Editor digital: k1983
ePub base r1.1





No recuerdo cómo llegamos al cementerio.

Lo que sí recuerdo es que oscurecía y que estábamos allí.

A medida que caminábamos, mi hermana Terri y yo íbamos dejando atrás hileras de viejas lápidas, agrietadas y cubiertas de musgo. Aunque era verano, todo estaba envuelto por una niebla gris y húmeda. El aire resultaba escalofriante.

Sentí un estremecimiento y me puse la chaqueta.

—¡Espera, Terri! —dije.

Ella iba delante, como siempre. Los cementerios le atraen mucho.

—¿Dónde estás? —grité.

Me esforcé en ver a través de la niebla. A lo lejos podía distinguir la sombra de su figura, deteniéndose a cada instante para examinar alguna lápida.

En la que tenía a mis pies había grabada esta inscripción:

EN MEMORIA DE JOHN,
HIJO DE DANIEL Y SARAH KNAPP,
QUE MURIÓ EL 25 DE MARZO DE 1766
A LA EDAD DE 12 AÑOS Y 22 DÍAS.

«¡Qué extraño!», pensé. Aquel niño tenía más o menos mi edad cuando murió. Yo cumplí doce años en febrero, y Terri once en el

mismo mes.

Seguí caminando deprisa. De repente se levantó un fuerte viento. Busqué a mi hermana entre las hileras de tumbas. Había desaparecido entre la espesa niebla.

—¡Terri! ¿Dónde estás? —grité.

Me llegó su voz.

—Estoy aquí, Jerry.

—¿Dónde?

Me abrí paso entre la neblina y las hojas. El viento remolineaba a mi alrededor.

Se oyó un débil y largo aullido, cerca.

—Debe de ser un perro —murmuré.

Los árboles agitaban sus hojas sobre mí. Me estremecí.

—Jeeeerryyy… —La voz de Terri sonó a kilómetros de distancia.

Avancé unos pasos y me detuve un momento a descansar, apoyándome en una alta lápida.

—¡Terri! ¡Espérame, no te vayas tan lejos!

Volví a oír otro largo aullido.

—¡Vas por otro camino! —gritó mi hermana—. Estoy aquí.

—Estupendo, muchas gracias —dije en voz baja. ¿Por qué no tendré una hermana a la que le guste el fútbol en lugar de explorar cementerios?

El viento remolineó con un ruido profundo, levantando una columna de hojas, polvo y tierra que me sacudió en la cara. Cerré los ojos con fuerza.

Al abrirlos de nuevo, vi a Terri arrodillada ante una pequeña tumba.

—No te muevas —continué—. Ahora voy. Acorté camino entre las lápidas hasta llegar a ella. —Está oscureciendo —dije—. Larguémonos ya de aquí.

Me giré, pero al dar el primer paso algo me agarró por el tobillo.

No conseguí liberarme porque me sujetaba con fuerza.

Era una mano que surgía de entre la tierra de la tumba.

Lancé un grito agudo.

Terri también se asustó.

Pataleé con fuerza, luchando por escapar.

—¡Corre! —gritó Terri.

Pero yo ya estaba corriendo.

Caminábamos tambaleantes por encima de la hierba húmeda, cuando de pronto unas manos verdes aparecieron por todos lados y nos agarraron los tobillos.

Amagué hacia la izquierda e inmediatamente hice fuerza hacia la derecha.

—¡Corre, Terri! ¡Corre! —dije—. ¡Mueve las piernas!

Podía oír sus pasos detrás de mí. Entonces ella lanzó un grito de terror.

—¡Jerry! ¡Me han atrapado! Yo jadeaba profundamente. Me giré y vi dos grandes manos que rodeaban sus tobillos.

Me quedé inmóvil, viéndola debatirse. —¡Ayúdame, Jerry! ¡No me va a soltar!— suplicó.

Cogí aliento y me lancé hacia ella. —Agárrate a mí— le ordené, manteniendo firmemente mis brazos.

Di una patada con todas mis fuerzas a las manos que la sujetaban, pero no la soltaron.

—¡No puedo moverme! —dijo entre sollozos.

El suelo empezó a temblar bajo mis pies. Bajé la vista y vi más manos que brotaban de la tierra.

La cogí por la cintura y tiré de ella.

—¡Muévete! —le grité desesperado.

—¡No puedo!

—¡Sí que puedes! ¡Sigue intentándolo! —le exigí—. ¡No! —Lancé un grito al sentir que manos me aprisionaban los tobillos.

Ahora me habían agarrado a mí.

Los dos estábamos atrapados.

2

—¿Qué te ocurre, Jerry? —me preguntó mi hermana.

Parpadeé. Terri estaba a mi lado, en una zona rocosa de la playa. Miré fijamente el agua tranquila del océano y sacudí la cabeza.

—¡Qué raro! —murmuré—. Me estaba acordando ahora de una pesadilla que tuve hace unos meses.

Terri me miró, con el ceño fruncido.

—¿Por qué te acuerdas de eso ahora?

—Era sobre un cementerio —le expliqué. Me giré para echar una ojeada al pequeño y viejo cementerio que acabábamos de descubrir. Estaba situado al lado de un pinar—. En mi sueño, unas manos verdes salían súbitamente del suelo y nos agarraban por los tobillos.

—¡Qué sueño tan absurdo! —respondió Terri. Se apartó el flequillo castaño de la cara. A pesar de que es un poco más alta que yo, formamos una pareja de hermanos perfecta. Tenemos el mismo pelo corto y castaño, las mismas pecas en la nariz y los mismos ojos de color avellana.

Hay una diferencia: a Terri se le hacen hoyuelos en las mejillas cuando ríe, pero a mí no. ¡Menos mal!

Durante unos minutos anduvimos por la costa. A lo largo del camino que llevaba hacia el mar había unas grandes rocas grises y pinos de diferentes tamaños.

—Probablemente recordaste ese sueño porque estás nervioso —dijo Terri, pensativa—. Ya sabes a lo que me refiero, a estar lejos de casa durante un mes entero.

—Puede ser —le respondí—. Nunca hemos estado tanto tiempo lejos de casa. Pero ¿qué nos podría pasar? Brad y Agatha son realmente estupendos.

Brad Sadler es nuestro primo lejano. Mejor dicho, nuestro viejo primo lejano. ¡Papá dijo que Brad y su mujer, Agatha, eran ya mayores cuando él era un niño!

Pero a pesar de su edad son muy divertidos y vitales, así que aceptamos muy a gusto cuando nos invitaron a pasar con ellos el último mes del verano, en su vieja casa de la playa de Nueva Inglaterra. Nos pareció genial, sobre todo porque la otra posibilidad era quedarnos en nuestro estrecho y caluroso apartamento de Nueva Jersey, donde vivíamos.

Habíamos llegado en tren aquella mañana. Brad y Agatha nos habían ido a buscar a la estación. Nos llevaron en coche hasta la casa, atravesando el pinar.

Después de deshacer nuestro equipaje, comimos una deliciosa sopa de pescado y marisco que nos había preparado Agatha.

—Niños, ¿por qué no vais a dar una vuelta para conocer un poco los alrededores? —nos propuso—. Hay mucho por ver.

Así que ahí estábamos, explorando el lugar. Terri me agarró por el brazo.

—Oye, vamos a investigar en aquel pequeño cementerio. —Sugirió con anhelo.

—No sé… —Mi espantoso sueño estaba todavía muy presente en mi cabeza.

—Venga. No saldrán manos verdes de la tierra. Te lo prometo. Seguro que podremos encontrar lápidas muy interesantes para calcar.

A Terri le encanta explorar viejos cementerios. Le gusta todo lo espeluznante. Lee montones de relatos de terror. Lo curioso es que siempre empieza por el último capítulo. Ella tiene que resolver el misterio. No soporta desconocer el desenlace.

A mi hermana le interesa un millón de cosas, pero calcar lápidas es una de sus aficiones más extravagantes. Sujeta un trozo de papel de arroz a la inscripción de la lápida con cinta adhesiva, y después la calca en el papel con el canto de un lápiz de cera especial para este tipo de cosas.

—¡Eh! Espera —le dije.

Pero Terri ya estaba encaminándose tranquilamente hacia el cementerio.

—Vamos, Jerry —me dijo—. No seas gallina.

Me adentré en el bosque, dispuesto a seguirla. Se respiraba un aroma fresco a pino. El cementerio estaba justo en el centro, rodeado por un muro de piedra que se estaba desmoronando. Nos introdujimos a través de un estrecho agujero que había en la pared.

Terri empezó a inspeccionar las tumbas.

—Algunas de estas inscripciones son realmente antiguas —dijo —. ¡Mira ésta!

Señaló una pequeña lápida. En la parte frontal había grabada una calavera, y de cada lado sobresalían unas alas.

—Es la cabeza de la muerte —explicó mi hermana—. Es un antiguo símbolo puritano. ¿A que es horripilante? «Aquí yace el cuerpo del señor John Sadler, que murió el 18 de marzo de 1642, a los treinta y ocho años de edad» —leyó.

—Sadler, como nosotros —apunté—. A lo mejor es algún pariente nuestro. —Hice unos cálculos rápidos—. Si es así, John Sadler es nuestro tatara-tatara-tatara algo. Murió hace más de trescientos cincuenta años.

Terri ya se había dirigido hacia otro grupo de lápidas.

—Aquí hay una de 1647, y otra de 1652. Creo que no tengo ningún calco tan antiguo. —Se deslizó por detrás de otra lápida imponente.

A esas alturas yo ya sabía dónde iba a pasar el resto del mes, pero por el momento ya estaba harto de cementerios.

—Venga, vamos a explorar la playa. —Miré a ver si la veía—. ¿Terri? ¿Dónde te has metido? —La busqué en la parte trasera de la lápida, donde la había visto por última vez.

No estaba allí.

—¿Terri? —La brisa del océano hacía susurrar las ramas de los pinos—. Terri, ya está bien, ¿eh? —Di un par de pasos más—. Ya sabes que esto no me gusta —le advertí.

La cabeza de Terri asomó inesperadamente detrás de una tumba que estaba a unos tres metros.

—¿Por qué? ¿Tienes miedo?—. No me gustó la sonrisita que se

dibujó en su rostro.

—¿Quién? ¿Yo? —le respondí—. ¡Nunca! Terri se puso de pie.

—De acuerdo, gallina. Pero yo volveré mañana.

Salimos del cementerio en dirección hacia la playa rocosa.

—¿Qué habrá ahí abajo? —pregunté, mientras me dirigía hacia la orilla.

—¡Oh! ¡Fíjate en esto! —Terri se agachó para arrancar una pequeña flor silvestre de tonalidades amarillas y blancas que había brotado entre dos grandes rocas—. Huevos revueltos —anunció—. Extraño nombre para una flor silvestre, ¿verdad?

—Desde luego —convine. Ésta es la afición número dos de Terri Sadler: las flores silvestres. Le gusta cogerlas y dejarlas secar entre dos láminas de cartón.

Terri frunció el ceño.

—Y ahora, ¿qué te ocurre?

—Hemos vuelto a pararnos. Yo quiero ir a explorar. Agatha dijo que hay una pequeña playa ahí abajo donde podemos nadar.

—Vale, vale —respondió, poniendo los ojos en blanco.

Caminamos a paso lento hasta que llegamos a una playa.

Realmente había más rocas que arena. Mientras miraba el mar, vi un espigón de largas piedras que se adentraba hacia el océano.

—Me pregunto qué función tendrá eso —dijo Terri.

—Hace que la playa se mantenga unida —le expliqué. Estaba a punto de darle una lección sobre los efectos de la erosión en las playas.

—¡Mira ahí arriba, Jerry! —gritó.

Señaló un montón de rocas que estaban situadas justamente detrás del espigón, a lo largo de la costa. En la parte superior de un ancho saliente, escondida en el interior de las rocas, se vislumbraba una gran cueva oscura.

—¡Subamos a explorarla! —gritó Terri entusiasmada.

—¡No, espera! —Recordé lo que mamá y papá me habían dicho aquella misma mañana al subir al tren: «Vigila a Terri y no dejes que vaya demasiado lejos en sus aventuras»—. Puede ser peligroso —continué. Al fin y al cabo yo soy el mayor. Y el más sensato.

Hizo una mueca de disconformidad.

—¡Déjame en paz! —Terri continuó caminando a lo largo de la

playa, hacia la cueva—. Al menos, acerquémonos un poco más para verla desde más cerca. Después preguntaremos a Brad y Agatha si es un lugar seguro o no.

Fui detrás de ella.

—Sí, claro. Como si la gente de noventa años saliera a explorar cuevas.

Cuando nos aproximamos, tuve que admitir que se trataba de una cueva impresionante. Era la primera vez que veía una tan grande, salvo una fotografía que había visto en una revista atrasada de *Boy Scout*.

—¿Tú crees que estará habitada por alguien, por algún ermitaño? —Antes de que pudiera responder empezó a gritar, haciendo bocina con las manos—. ¡Holaaaa!

A veces Terri puede ser un poco tonta. Quiero decir que si vivieras dentro de esa cueva y oyeras a alguien gritar «¡Holaaaa!», ¿responderías?

—¡Holaaaa! —insistió mi hermana.

—Vámonos —la apremié.

En aquel instante se oyó un largo y grave silbido desde el interior de la cueva.

Intercambiamos una mirada.

—¿Qué ha sido eso? —susurró Terri—. ¿Un búho?

—No creo. Los búhos sólo están despiertos por la noche —dije después de tragar saliva.

Lo volvimos a oír. Un largo silbido.

Volvimos a mirarnos. ¿Qué podía ser? ¿Un lobo? ¿Un coyote?

—Seguro que Brad y Agatha se están preguntando dónde estamos —dijo Terri en voz baja—. Deberíamos irnos.

—De acuerdo. —Di media vuelta pero me detuve cuando oí un batir de alas que también procedía del interior de la cueva. Cada vez sonaba más fuerte.

Me cubrí el rostro con las manos y miré hacia el cielo con los ojos entrecerrados.

—¡No! —grité agarrando a Terri del brazo.

Una sombra pasó por encima de nuestras cabezas. Era un enorme murciélago que se abalanzaba sobre nosotros. Tenía unos centelleantes ojos rojos y unos dientes resplandecientes. Chillaba

como si se dispusiera a atacarnos.

3

El murciélago descendió en picado. Llegó tan bajo que podía sentir el aire que levantaba al aletear.

Terri y yo nos tiramos al suelo. Me cubrí la cabeza con las manos. Mi corazón latía con tanta fuerza que me impedía oír el ruido de sus alas.

—¿Eh, dónde ha ido? —oí que gritaba Terri.

Alcé ligeramente la cabeza. Observé que el murciélago se elevaba en espiral hacia el cielo. Volvió a emitir un fuerte silbido y seguidamente bajó a toda velocidad.

Unos segundos más tarde dio una vuelta y se estrelló contra las rocas que estaban a nuestro lado. Pude ver una de sus alas negras revoloteando a merced de la brisa.

Me incorporé lentamente sin dejar de sentir los latidos del corazón.

—¿Cómo puede ser que haya caído a plomo? —pregunté con voz temblorosa. Me dirigí hacia él.

Terri me retuvo.

—No te acerques. Los murciélagos pueden transmitir la rabia.

—No me aproximaré demasiado —respondí.

Sólo quiero echar un vistazo. Nunca he visto un murciélago de verdad desde tan cerca.

Podría decirse que mi afición preferida es la ciencia. Me fascina estudiar todo lo relacionado con cualquier tipo de animales.

—Aquí. Mira —dije mientras gateaba por encima de aquellas grandes piedras grises y lisas.

—Ten cuidado, Jerry —me advirtió Terri—. Si coges la rabia, me meterás en problemas.

—Gracias por preocuparte por mí —refunfuñé con ironía.

Me detuve como a un metro del murciélago.

—¡Increíble! —grité.

Terri se empezó a desternillar de risa.

No era un murciélago. Era una cometa.

La miré asombrado, sin dar crédito a lo que estaba viendo: ¡Los dos ojos rojos de aspecto tan amenazador estaban dibujados en un papel! Al chocar contra las rocas, una de las alas se había desgarrado en varios trozos.

Mi hermana y yo nos agachamos para examinar los restos.

—¡Cuidado, que muerde! —oí detrás de nosotros.

Terri y yo dimos un salto hacia atrás. Me giré y vi a un chico de nuestra edad, subido a una roca alta. Llevaba una pelota de cuerda en la mano.

—Ja, ja. Muy divertido —dijo Terri con sarcasmo.

El muchacho esbozó una pequeña sonrisa pero no dijo nada. Se acercó. Tenía pecas en la nariz, como yo, y el color castaño de su pelo era de la misma tonalidad que el mío.

—¡Ya podéis salir! —gritó después de girarse hacia las rocas.

Eran dos niños más: una chica también de nuestra edad, y un niño de unos cinco años. Empezaron a subir gateando. El más pequeño tenía el pelo rubio muy claro, ojos azules y orejas salidas. El cabello de la chica era de un castaño rojizo y lo llevaba recogido en dos trenzas. Los tres tenían pecas en la nariz.

—¿Sois parientes? —les preguntó Terri.

El muchacho más alto, el que había asomado primero, dijo que sí con la cabeza.

—Sí, todos somos Sadler, Yo me llamo Sam. Ella es Louisa y él Nat.

—¡Qué casualidad! —respondí—. Nosotros también nos apellidamos Sadler. —Hice las presentaciones.

Sam no pareció muy impresionado.

—Por aquí hay muchos Sadler —me dijo entre dientes.

Intercambiamos una mirada. No tenían aspecto de ser muy amigables, pero entonces Sam me preguntó si queríamos ir a jugar

con ellos a lanzar piedras al agua. Lo seguimos hasta la orilla.

—¿Vivís por aquí? —preguntó mi hermana.

Louisa dijo que sí con la cabeza.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó la chica. Sonó un tanto sospechoso.

—Hemos venido a visitar a nuestros primos. Vamos a quedarnos todo el mes —respondió Terri—. Ellos también se llaman Sadler. Viven en la pequeña casa que hay más allá del claro. ¿Los conocéis?

—Claro —aseguró Louisa sin sonreír—. Éste es un pueblo pequeño. Aquí nos conocemos todos.

Encontré una piedra lisa y suave y la lancé rozando el agua. Dio tres botecitos. No estaba mal.

—¿Qué hacéis aquí para divertiros? —pregunté.

—Vamos a coger arándanos, jugamos, nos bañamos en la playa… —dijo Louisa sin apartar la vista del agua.

—¿Por qué? ¿Qué habéis hecho hoy vosotros? —preguntó girándose hacia mí.

—Todavía nada. Acabamos de llegar —respondí sonriendo—. Bueno, hemos sido atacados por una cometa murciélago.

Todos se echaron a reír.

—Yo voy a hacer calcos de las inscripciones de algunas lápidas y a recoger flores silvestres —añadió Terri.

—Hay algunos prados en el bosque donde puedes encontrar bonitas flores —le dijo Louisa.

Sam lanzó una piedra a la superficie del agua. Siete saltos.

Con la práctica se consigue todo —dijo girándose hacia mí, con una amplia sonrisa en la cara.

—Se hace difícil practicar dentro de un apartamento —dije en voz baja.

—¿Qué? —me preguntó.

—Vivimos en Hoboken —le expliqué—. En Nueva Jersey. En nuestro edificio no hay ningún estanque.

—¿Alguna vez vais a explorar por ahí? —preguntó Terri señalando la cueva que se encontraba a nuestras espaldas.

A Nat se le dibujó una expresión de sorpresa en el rostro, y los semblantes de Sam y Louisa se transformaron en el acto.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Louisa.

—Nunca nos acercamos —respondió Sam en voz baja, mirando a su hermana.

—¿Nunca? —prosiguió Terri.

Los tres muchachos negaron con la cabeza.

—¿Por qué no? —preguntó mi hermana—. ¿Qué hay de misterioso?

—Eso —insistí yo—. ¿Por qué no queréis acercaros a la cueva?

—¿Creéis en los fantasmas? —preguntó Louisa, abriendo los ojos como platos.

4

—¿En los fantasmas? ¡Qué va! —contestó mi hermana.

Yo mantuve la boca cerrada. Sabía que los fantasmas no podían ser reales, aunque a lo mejor todos los científicos estaban equivocados.

Se han escrito muchos cuentos de fantasmas en todo el mundo. Entonces, ¿cómo es posible que no existan?

Probablemente ésta es la razón por la que algunas veces me asusto cuando voy a lugares extraños. Tengo la impresión de que sí creo en los fantasmas, aunque desde luego nunca lo admitiría delante de Terri. Ella siempre es tan científica que se burlaría de mí toda la vida.

Los tres chicos Sadler se habían apiñado.

—Vamos. ¿De verdad que creéis en los fantasmas? —preguntó Terri.

Louisa dio un paso hacia delante. Sam intentó detenerla, pero le apartó ligeramente a un lado.

—Si vais a la cueva es posible que cambiéis de parecer —contestó entrecerrando los ojos.

—¿Te refieres a que ahí dentro hay fantasmas? ¿Y qué hacen? ¿Salen por la noche?

Louisa se disponía a responder, pero Sam la interrumpió.

—Tenemos que irnos —dijo empujando a sus hermanos por delante de nosotros.

—¡Esperad, chicos! —grité—. Queremos que nos contéis cosas sobre los fantasmas.

Se fueron corriendo. Sam se puso a reñir a gritos a Louisa. Supongo que estaba enfadado porque había mencionado los fantasmas.

Desaparecieron al fondo de la playa.

Entonces oímos de nuevo un tenue y largo silbido que venía del interior de la cueva.

Terri me miró.

—Es el viento —afirmé, aunque desde luego no creía que lo fuera. Terri tampoco lo creía.

—¿Por qué no preguntamos a Brad y Agatha sobre esta cueva? —sugerí.

—Me parece una buena idea —dijo Terri. En aquel momento ella también parecía un poco asustada.

La casa de campo de Brad y Agatha no estaba muy lejos de la cueva. Se encontraba en el borde del pinar, mirando hacia el faro.

Corrí hasta la puerta de madera y la empujé para abrirla. Miré con atención el pequeño recibidor. Las tablas de madera del suelo, medio hundidas, crujían a medida que iba avanzando. El techo era tan bajo que incluso podía alcanzarlo con la mano si me ponía de puntillas.

—¿No están? —me preguntó Terri, poniéndose a mi lado.

—Creo que no. —Miré en todas direcciones.

Pasamos por delante del viejo sofá y de la chimenea de grandes piedras y fuimos a la cocina, que era muy estrecha. Al lado había una vieja alacena. Allí era donde yo iba a dormir. Arriba estaba la habitación de Brad y Agatha que daba a un pasillo, francamente estrecho, que iba a ser la habitación de Terri. Desde allí, una escalera trasera muy pequeña conducía al jardín.

—¡Están allí! —exclamó Terri, girándose hacia la ventana—. ¡En el jardín!

Vi que Brad se inclinaba hacia una tomatera. Agatha estaba colgando ropa en el tendedero.

Salimos corriendo por la puerta de la cocina.

—Y vosotros dos, ¿dónde habéis estado? —nos preguntó Agatha. Ella y Brad tenían el pelo muy blanco, y unos ojos con expresión marchita y cansada. Eran tan frágiles y etéreos que no creo que pesaran más de cincuenta kilos entre los dos.

—Hemos estado explorando la playa —les expliqué.

Me puse en cuclillas, al lado de Brad. Le faltaban dos dedos de la mano izquierda. Nos contó que los había perdido en una trampa de lobo cuando era joven.

—Hemos encontrado una vieja cueva dentro de unas rocas gigantescas. ¿La habéis visto? —le pregunté.

Gruñó en voz muy baja y siguió buscando tomates maduros.

—Está justamente entre la playa y el gran espigón de roca —añadió Terri—. No tiene pérdida.

Las sábanas de Agatha se movían con el viento en el tendedero.

—Ya es casi la hora de cenar —dijo pasando de nuestras preguntas sobre la cueva—. ¿Por qué no entras y me echas una mano, Terri?

Mi hermana me lanzó una mirada y se encogió de hombros.

Me giré hacia Brad. Estaba a punto de preguntarle de nuevo sobre la cueva cuando me pasó la cesta repleta de tomates maduros.

—Llévale esto a Agatha —me dijo.

—De acuerdo —respondí siguiendo a Terri hacia dentro. Puse la cesta en la repisa de la cocina, pequeña y estrecha. El fregadero y la repisa estaban a un lado. La cocina y la nevera al otro. Agatha pidió a Terri que pusiera la mesa en la sala de estar.

—Terri, cariño, si quieres encontrar áster, el mejor lugar es la pradera grande que hay pasado el faro —le aconsejó Agatha—. Florecen en este tiempo, así que podrás escoger. También encontrarás mucha vara de oro.

—¡Fantástico! —exclamó Terri con su entusiasmo habitual. No entiendo cómo puede emocionarse tanto con las flores.

Agatha se dio cuenta de que la cesta de tomates va estaba en la repisa.

—¡Vaya! ¡Los tomates! —Abrió un cajón con gran estrépito y sacó un cuchillo pequeño—. ¿Por qué no cortas esos tomates para hacer una buena ensalada verde? —Se me escapó una mueca de desagrado—. ¿No te gusta la ensalada? —me preguntó.

—La verdad es que no mucho —le respondí—. Bueno, yo no soy ningún conejo—. Agatha se echó a reír.

—Tienes toda la razón. ¿Por qué estropear un tomate del huerto mezclándolo con una lechuga? Los comeremos solos o con un poco

de aliño.

—Eso está mucho mejor —sonreí, y agarré el cuchillo.

Agatha y Terri se pusieron a hablar de flores silvestres durante un rato más. Pensé que el tema de la cueva volvería a salir en la conversación, pero no fue así. Me pregunté por qué mis dos primos mayores no querían hablar sobre ello.

Después de comer, Brad sacó una baraja muy gastada y nos enseñó a Terri y a mí a jugar al whist.

Es un juego pasado de moda del que nunca había oído hablar.

Brad se lo pasó en grande enseñándonos las reglas. Mi hermana y yo jugamos contra Terri y Agatha. Cada vez que me confundía, lo que ocurrió muy a menudo, me mostraba su dedo moviéndolo de un lado a otro para amonestarme. Creo que era la manera de no tener que pronunciar ni una palabra.

Fuimos a la cama después de jugar durante un rato. Era temprano, pero no me importó. Había sido un día largo y estaba contento de poder descansar. La cama era dura pero me dormí en cuanto apoyé la cabeza en la almohada. Era de plumas, y algunas de ellas sobresalían por encima de la tela y pinchaban.

A la mañana siguiente, Terri y yo nos encaminamos hacia el bosque para recoger plantas y flores silvestres.

—¿Qué estamos buscando hoy? —pregunté a mi hermana mientras propinaba una patada a un montón de hojas muertas para apartarlas.

—Pipa india —explicó ella—. Parecen huesecillos que brotan de la tierra. Es de color rosa y blanco. También se denomina «planta cadáver», porque surge en los restos de plantas muertas.

¡Qué asco! —De repente recordé las manos de mi sueño, brotando de la tierra.

Terri lanzó una carcajada.

—Deberían gustarte esas flores. Son un rompecabezas científico. Son blancas porque no poseen clorofila, esa sustancia que hace que las plantas sean de color verde.

—¡Qué interesante! —dije sarcásticamente, poniendo los ojos en blanco, pero Terri prosiguió con su lección.

—Agatha dijo que la pipa india sólo crece en lugares muy oscuros. Se parece más a un hongo que a una planta. —Escarbó en la tierra durante unos minutos—. Lo más sorprendente es que si se secan se vuelven negras —continuó—. Por eso quiero prensar algunas.

Yo también me puse a revolver entre las hojas. Tengo que admitir que estaba consiguiendo que me interesara. Me gustan los fenómenos naturales.

Miré hacia el cielo con los ojos entrecerrados.

—Nos hemos adentrado tanto como hemos podido. ¿Estás segura de que éste es e\ sitio donde Agatha dijo que podíamos encontrarlas?

Terri asintió con la cabeza y señaló un gigantesco roble caído en el suelo.

—Ése será nuestro punto de referencia. No lo pierdas de vista —me advirtió.

Me dirigí hacia el enorme árbol.

Iré a echar un vistazo —apunté—. Posiblemente haya pipa india a los lados de aquel árbol muerto.

Me agaché hacia las raíces que tenían aspecto de serpientes y empecé a apartar todas las hojas muertas que lo rodeaban. No había ninguna flor silvestre, sólo insectos y gusanos. Era realmente desagradable.

Di media vuelta para ver cómo le iba a Terri. Tampoco ella parecía tener demasiada suerte.

De repente vi por el rabillo del ojo una cosa blanca que sobresalía de la tierra. Me desplacé para examinarla de cerca.

Del blando suelo surgía una planta de poca longitud pero con un tallo grueso, que estaba cubierto por hojas.

Tiré de él pero no pude arrancarlo. Tiré con más fuerza.

El tallo sobresalió un poco, arrastrando con él un montón de polvo.

Me di cuenta de que no era un tallo. Era una especie de raíz, una raíz con hojas.

Extraño.

Seguí tirando. Me di cuenta de que era muy largo.

Un tirón fuerte. Luego otro.

Un último estirón a aquella curiosa raíz sacó un enorme montón de tierra.

Miré el gran agujero que había dejado y lancé un chillido.

—¡Ven, Terri! —grité con voz entrecortada.

—¡He encontrado un esqueleto!



—¿Qué dices? —Mi hermana vino corriendo a mi lado.

Nos quedamos de pie, petrificados, mirando en silencio.

El esqueleto que había dejado al descubierto estaba colocado de lado, con todos los huesos en perfecto estado. Daba la sensación de que nos estaba observando desde las vacías y grises cuencas de sus ojos.

—¿Es… es de persona? —tartamudeó Terri.

—No, a menos que los seres humanos tengan cuatro patas —respondí.

Terri miró fijamente hacia abajo. Estaba atónita.

—Y entonces, ¿qué es?

—Algún animal grande —respondí—. Probablemente un reno.

Me arrodillé para verlo desde más cerca.

—No, no es un reno. Tiene los huesos de los dedos de los pies, no pezuñas.

Examiné el cráneo. Era bastante grande y tenía todos los dientes afilados. A los nueve años me fascinaban los esqueletos. Seguramente he leído todos los libros que existen sobre ellos.

—Yo diría que es un perro —aventuré.

—¿Un perro? —preguntó Terri—. ¡Oh, pobre perrito!. —Volvió a mirar el esqueleto fijamente—. ¿Cómo crees que murió?

—Posiblemente fue atacado por algún animal. Mi hermana se arrodilló a mi lado.

—¿Por qué iba alguien a querer comerse un perro? —preguntó.

—¡Tienen muchas proteínas! —bromeé.

—¡Estoy hablando en serio, Jerry! —protestó, dándome un fuerte empujón—. ¿Qué animal de esta zona come perros?

—Probablemente un lobo, o un zorro —contesté pensativamente.

—¿Pero un lobo o un zorro no hubiera roído unos cuantos huesos y lo hubiera abandonado? —preguntó—. Este esqueleto está en perfecto estado.

—Es posible que muriera de viejo —sugerí—. O a lo mejor alguien lo enterró aquí, debajo de esta extraña raíz.

—Sí, probablemente no fue atacado por nadie —respondió mí hermana. Su rostro estaba volviendo a su expresión normal.

Nos sentamos encima del esqueleto sin decir palabra, pensando en aquel perro.

El aullido de un animal nos hizo levantar de un salto. Aquel aullido escalofriante envolvió todo el bosque, haciendo eco entre los árboles.

Enseguida los aullidos se hicieron más intensos y nos cubrimos los oídos con las manos.

—¿Qué… es eso? ¿Quién está aullando de esta manera tan horrible? —gritó Terri, mirándome aterrorizada.

Le devolví la mirada. Lo ignoraba. Sólo sabía que se estaba aproximando.



Los aullidos cesaron de forma tan repentina como habían empezado.

Di media vuelta para cerciorarme de que estábamos a salvo… y entonces los vi. Sam, Nat y Louisa. Estaban todos juntos, apiñados detrás de un árbol cercano, partiéndose de risa.

Inmediatamente me di cuenta de que eran ellos quienes habían estado aullando. Les lancé una mirada furiosa. Qué se habían pensado.

Continuaron riendo un buen rato. Era increíble lo que estaban disfrutando con su bromita.

Dirigí una mirada a Terri, que se estaba sonrojando. Sentí que el calor me subía hasta la cara. Creo que a mí me estaba ocurriendo lo mismo.

Cuando finalmente dejaron de reír, les invité a que se acercaran para ver el esqueleto.

Ahora les tocaba a ellos asustarse.

Sam abrió los ojos desmesuradamente. Louisa lanzó un grito. Nat, el más pequeño, agarró a su hermana por la manga del jersey y empezó a lloriquear.

Terri rebuscó entre los bolsillos de sus tejanos y sacó un pañuelo de papel.

—No te preocupes —le dijo al niño. Le secó las mejillas con el pañuelo y le dio unos suaves golpecitos—. No es el esqueleto de una persona sino de un perro.

Nat se echó a llorar.

Louisa le rodeó los hombros con sus brazos. Estaba temblando.

—Chssst. No pasa nada —dijo para tranquilizarlo.

Pero Nat seguía desconsolado.

—Yo sé lo que le ocurrió a ese perro —dijo el niño entre sollozos —. Lo mató un fantasma. Los perros saben si alguien es un fantasma. Siempre ladran para avisar.

—Nat —prosiguió Terri con voz suave—. Los fantasmas no existen. Son una fantasía.

Sam avanzó unos pasos, negando con la cabeza.

—Te equivocas —le respondió, mirándola con los ojos entrecerrados—. Hay muchos esqueletos en este bosque. Todo lo ha hecho el fantasma. Devora toda la carne hasta dejar sólo los huesos, y luego los abandona.

—Un momento, Sam —dijo Terri—. ¿Pretendes decirnos que hay un fantasma merodeando por este lugar? —Sam la miró fijamente, pero no respondió—. ¿Hay un fantasma? —insistió Terri.

La expresión de Sam cambió de repente. Sus ojos se abrieron de terror.

—¡Ahí está! —gritó, apuntando con el dedo—. ¡Detrás de ti!

7

Lancé un grito y me cogí del brazo de Terri, pero inmediatamente me di cuenta de que me había vuelto a tomar el pelo. ¿Cuándo iba a dejar de tragarme las estúpidas bromas de Sam?

—Sois demasiado fáciles de asustar —dijo Sam con una sonrisa irónica.

Terri lo miró fijamente, con los brazos puestos en jarras.

—¿Qué os parece si acordamos una tregua, chicos? Estas bromas ya no tienen gracia.

Todas las miradas estaban puestas en Sam.

—Vale. Una tregua —murmuró, pero seguía con su sonrisita dibujada en la cara. No podía saber si lo decía en serio o no.

—Sam, cuéntanos a mi hermano y a mí más cosas sobre el fantasma —pidió Terri—. ¿Es verdad que mató al perro, o también era una de tus bromas absurdas?

Sam propinó una patada a un montón de tierra.

—Probablemente en otra ocasión —murmuró.

—¿En otra ocasión? ¿Por qué no ahora? —pregunté.

Louisa fue a decir algo, pero su hermano mayor tiró de ella para llevársela.

—Vámonos —le exigió—. Ahora mismo.

—Yo creía que… —Terri parecía confusa.

Sam avanzó con paso majestuoso a través de los árboles, arrastrando a Louisa con él. Nat corrió para alcanzarlos.

—Adiós —se despidió la chica—. Hasta luego.

—¿Has visto eso? —dijo Terri muy enfadada—. Realmente creen que hay un fantasma en el bosque y no han querido contarnos nada. Se han marchado.

Miré otra vez el esqueleto del animal, en perfecto estado.

«Devorado limpiamente».

«Devorado limpiamente por un fantasma».

No podía apartar este pensamiento de mi mente. Observé detenidamente los dientes afilados de aquel cráneo. Di media vuelta.

—Volvamos a casa —dije casi sin voz.

Encontramos a Brad y Agatha sentados en sus balancines, bajo la sombra de un árbol. Agatha estaba cortando grandes melocotones en rodajas, que iba depositado en un gran bol de madera. Brad la miraba.

—¿Os gusta la tarta de melocotón?, preguntó Agatha.

Terri y yo respondimos que era una de nuestras tartas favoritas.

—Pues será el postre de esta noche —dijo Agatha sonriendo—. No sé si os lo habrá contado vuestro padre, pero la tarta de melocotón es una de mis especialidades. Bueno, ¿encontrasteis pipa india?

—No exactamente —contesté—. Lo que sí encontramos fue un esqueleto de perro.

Agatha empezó a cortar con más rapidez, y el cuchillo resbaló sobre su pulgar.

—¡Vaya! —exclamó.

—¿Qué tipo de animal atacaría a un perro? —preguntó Terri—. ¿Hay lobos o coyotes merodeando por aquí?

—Yo nunca he visto ninguno —respondió Brad rápidamente.

—Entonces, ¿cómo se explica que encontráramos ese esqueleto? —pregunté—. Estaba en perfecto estado, y los huesos perfectamente limpios.

Agatha y Brad intercambiaron una mirada de preocupación.

—No lo sé —prosiguió ella sin dejar de rebanar—. Brad, ¿se te ocurre algo?

Brad siguió balanceándose antes de contestar.

—Nada —dijo finalmente.

«Gracias por tu gran ayuda, Brad», pensé.

También nos encontramos con tres niños —continué. Les hablé de Sam, Nat y Louisa—. Dicen que os conocen.

—Sí —respondió Brad—. Somos vecinos.

—Nos dijeron que aquel perro había sido devorado por un fantasma.

Agatha dejó el cuchillo y se inclinó hacia atrás, riendo.

—¿Eso es lo que dicen? ¡Dios mío! Esos niños os han tomado el pelo. Les encanta inventarse cuentos de fantasmas, sobre todo a Sam.

—Eso es lo que yo creía —aseguró Terri, lanzándome una mirada.

Agatha asintió con la cabeza.

—Son buenos niños. Deberíais proponerles ir a jugar juntos alguna vez. Podéis ir a coger arándanos.

Brad carraspeó. Sentí que sus pálidos ojos me estudiaban.

—Sois demasiado listos para creeros esas historias sobre fantasmas, ¿verdad?

—Claro —respondí, aunque nada convencido.

Nos pasamos el resto de la tarde ayudando a Brad a arrancar las malas hierbas del jardín. No es que ése fuera exactamente mi ideal sobre la diversión, pero después de que Brad nos mostrara cuáles eran las plantas buenas y cuáles no, Terri y yo nos lo pasamos bien arrancando las malas hierbas con las herramientas que nos había dado.

Por la noche comimos tarta de melocotón de postre. Estaba deliciosa. Agatha y Brad querían que les contáramos cosas sobre la escuela y nuestros amigos.

Después de cenar, Brad volvió a retarnos a una partida de naipes. Esta vez me desenvolví mucho mejor. Brad sólo tuvo que mover el dedo un par de veces.

Me resultó difícil conciliar el sueño. La ventana de mi pequeña habitación, junto a la cocina, tenía unas cortinas de algodón blanco, muy finas, que dejaban filtrar la luz de la luna llena hasta mi cara.

Era como estar mirando directamente una linterna.

Traté de cubrir mi cara con la almohada, pero no podía respirar.

Entonces me puse el brazo sobre los ojos, pero se me quedó dormido y empezó a darme pinchazos.

Me tapé con la sábana hasta la cabeza. Mucho mejor.

Cerré los ojos. Los grillos hacían un ruido increíble.

En aquel instante oí un golpe en la pared de fuera. «Posiblemente es la rama de un árbol», pensé.

Se oyó otro golpe. Me deslicé hacia abajo para introducirme más en la cama.

La tercera vez que oí el ruido respiré profundamente, me incorporé en la cama y aparté la sábana bruscamente.

Escudriñé toda la habitación con la mirada. Nada. Nada de nada.

Volví a tumbarme.

Las tablas del suelo empezaron a crujir.

Me giré hacia la ventana.

Algo se movió detrás de las cortinas.

Algo pálido. Fantasmal.

Las tablas volvieron a crujir mientras la figura se acercaba hacia mí.



Abrí la boca para lanzar un grito de terror, pero volví a cubrirme la cabeza con la sábana.

El silencio invadió la habitación. Yo temblaba de arriba abajo.

¿Dónde estaba el fantasma?

Asomé ligeramente la cabeza por debajo de la sábana.

Terri salió de detrás de las cortinas.

—¡Te he pillado! —exclamó.

—Estúpida —le dije con voz entrecortada—. ¿Cómo has podido hacerme esto?

—Pues muy sencillo, porque estas historias de fantasmas te han asustado, ¿o no?

Lancé un gruñido pero no respondí. El corazón seguía palpitándome con fuerza en el pecho.

Terri se sentó en el borde de la cama y se cubrió con la bata.

—No podía soportarlo —dijo, todavía con aquella sonrisa en su rostro—. Bajé para hablar contigo y te vi tapado con la sábana hasta la cabeza, era demasiado tentador.

—Pues la próxima vez te metes con alguien como tú —le respondí enfadado y mirándola con rabia—. Me he tapado hasta los ojos porque no podía dormir.

—Yo tampoco —continuó Terri—. Mi colchón está lleno de bultos. —Miró a través de la ventana—. Y además estaba pensando en aquel fantasma.

—Oye, ¿no eres tú la que no cree en fantasmas? —pregunté con ironía.

—Yo no creo en fantasmas, desde luego, pero Sam, Louisa y Nat sí que creen.

—¿Y?

—Y quiero descubrir por qué. ¿Tú no?

—Francamente, no. No tengo ningún interés en volver a ver a esos niños —añadí.

—Louisa parece simpática —dijo Terri, bostezando—. Es mucho más agradable que Sam. Creo que si le preguntamos a Louisa conseguiremos que nos cuente más cosas sobre el fantasma. Hoy ha estado a punto de hacerlo.

—No te creo, Terri —aseguré mientras me acercaba la sábana hasta la barbilla—. Ya has oído lo que ha dicho Agatha. A Sam le encanta inventarse cuentos.

—No creo que esto sea un cuento. Yo soy la científica de la familia, pero aquí está ocurriendo algo extraño, Jerry.

No contesté. Estaba recordando el esqueleto de aquel animal.

—Mañana volveré a preguntarles sobre el fantasma —dijo mi hermana.

—¿Cómo sabes que los veremos?

—Siempre los encontramos. ¿No te has dado cuenta? —Terri esbozó una sonrisa—. Estemos donde estemos, siempre aparecen. —Se calló por un instante—. ¿Crees que nos siguen?

—Espero que no.

—Eres un miedica. —Mi hermana se rió.

Me destapé inmediatamente.

—¡Yo no soy ningún miedica!

—¡Miedica! ¡Miedica! ¡Miedica! —Empezó a hacerme cosquillas. Le agarré el brazo y se lo doblé hacia la espalda. Entonces empecé a hacérselas yo.

—Retíralo —le advertí.

—¡Vale! ¡Vale! —gritó—. ¡No quería decir eso!

—¿Y nunca más volverás a llamarme miedica? —¡Nunca!

En cuanto le solté el brazo, corrió hacia la puerta.

—Te veré por la mañana, ¡miedica! Desapareció por la cocina.

A la mañana siguiente, cuando estábamos desayunando, Agatha preguntó:

—¿Qué planes tenéis para hoy, chicos?

—Ir a nadar —contesté, mirando a Terri.

—Tened cuidado con la marea —nos advirtió Brad—. Puede levantar del suelo a una persona.

Terri y yo nos miramos. Creo que nunca habíamos oído decir a Brad dos frases seguidas.

—Lo tendremos —prometió mi hermana—. A lo mejor en lugar de nadar nos meteremos en el agua hasta la cintura para ir caminando.

Agatha me dio un cubo de metal bastante viejo.

—Quizá queráis coger erizos o estrellas de mar.

Unos minutos más tarde agarré el cubo y un par de toallas viejas de playa y me dirigí con mi hermana hacia el sinuoso camino que conducía hasta la orilla.

Escalamos por las rocas hasta llegar a un lugar que no estaba demasiado lejos de la playa de arena y de la cueva.

Nos deslizamos por la enorme roca que había debajo y trepamos a cuatro patas por unas piedras. Llegamos a una especie de charco con musgo que había formado la marea. Estaba más o menos a un metro de la orilla, y era aproximadamente del tamaño de una piscina de plástico para niños.

—¡Mira, Jerry! —exclamó mi hermana, mirando hacia el mar—. Hay un montón de cosas por aquí. —Se acercó hasta un lugar donde el agua era verde y sacó una estrella de mar—. ¡Qué pequeñita! A lo mejor es un bebé.

La giró panza arriba. La estrella se agitó, como si pataleara.

—Hola, estrellita de mar —dijo como si tarareara una canción.

—¡Qué asco! Voy a buscar el cubo. —Trepé de nuevo por las rocas para ir al sitio donde habíamos dejado nuestras cosas.

Y ¿os imagináis quién estaba husmeando en ellas?

—¿Habéis encontrado algo interesante? —interrumpí bruscamente.

Sam levantó la cabeza.

—Me estaba preguntando de quién serían estas toallas —dijo, intentando disimular.

Nat y Louisa saltaron rápidamente por encima de las rocas.

—¿Dónde está Terri? —preguntó la chica.

Señalé el agua con el dedo.

—Abajo, en el charco que ha formado la marea. —Agarré el cubo.

Me siguieron. Terri sonrió al vernos. Seguramente se alegró de que estuvieran Louisa y sus hermanos.

—Mirad qué cosa más bonita que he encontrado —dijo mi hermana.

Había alineado la pequeña estrella de mar, dos erizos y un cangrejo ermitaño sobre la superficie de una roca lisa y grande.

Nos apiñamos para observarlos. Terri mostró la estrella de mar.

—No digáis que no es bonita —le dijo a Nat, que rió tontamente.

Pasamos unos minutos examinándolo todo. Nat se enrolló contándonos todo lo que sabía sobre cangrejos. Louisa le tuvo que cortar.

—Quiero saber más cosas sobre fantasmas —le dijo Terri a Louisa.

—No hay más que explicar —le respondió ella, y lanzó una mirada nerviosa a Sam. ¿Acaso no le había advertido que no volviera a hablar sobre ese tema?

—¿Dónde vive el fantasma? —prosiguió mi hermana tercamente.

Louisa y Sam intercambiaron una mirada.

—Vamos, chicos. Tiene que vivir en algún lugar —insistió de nuevo para que picaran.

Nat miró pensativamente hacia la playa y la cueva. La brisa hacía revolotear su fino pelo rubio. Se sacudió una mosca verde que se había posado en su brazo desnudo.

—¿Acaso vive en la playa? —siguió preguntando.

Nat asintió con la cabeza.

—¿O en la cueva? —aventuré yo.

El niño apretó sus labios.

—Lo sabía, en la cueva —dijo Terri con una sonrisa triunfal—. ¿Qué más?

Nat se escondió sonrojado detrás de su hermana Louisa.

—No quería decirlo —susurró.

—No pasa nada —le dijo Louisa, acariciando su cabello. Se giró hacia nosotros dos—. El fantasma es muy mayor. Nadie le ha visto salir nunca.

—¡Louisa! —dijo Sam bruscamente—. Creo que no deberías hablar de esto.

—¿Por qué no? —protestó ella—. Tienen derecho a saberlo.

—Pero si ni siquiera creen en los fantasmas…

—Bueno, a lo mejor nos hacéis cambiar de idea —respondió Terri—. ¿Estáis seguros de que existe un fantasma? ¿Vosotros lo habéis visto?

—Hemos visto los esqueletos —dijo Louisa.

—El fantasma sale cuando hay luna llena —intervino Nat, asomando la cabeza por detrás de la pierna de su hermana.

—Realmente no lo sabemos con certeza —puntualizó Louisa—. Siempre ha estado en la cueva. Hay quien asegura que desde hace cientos de años.

—Pero si vosotros no le habéis visto, ¿cómo sabéis que está en la cueva? —pregunté yo.

—A veces se ve el destello de una luz —respondió Sam.

—¿Una luz? —dije yo, partiéndome de risa—. A lo mejor es alguien con una linterna.

—No es ese tipo de luz —dijo Louisa, sacudiendo la cabeza—. Es muy diferente.

—Francamente, los destellos de una luz y el esqueleto de un perro no son suficientes para convencerme —intervine—. Creo que estáis intentando asustarnos de nuevo, pero esta vez no voy a caer.

Sam frunció el ceño.

—No importa —dijo—. No tenéis por qué creerlo.

—Realmente yo no lo creo —insistí.

Sam se encogió de hombros.

—Que lo paséis bien —dijo suavemente, y se encaminó hacia el bosque, dejando a sus hermanos atrás.

Tan pronto los perdimos de vista, Terri me dio un empujón.

—¿Por qué has hecho eso, Jerry? Estaba empezando a sacarles información.

—¿No te das cuenta de que quieren asustarnos? —dije agitando la cabeza—. No hay ningún fantasma. Es otra de sus bromas estúpidas.

Terri me miró con dureza.

—No estoy tan segura —dijo entre dientes.

Miré hacia el hueco negro que formaba la entrada de la cueva. A pesar de ser una mañana muy calurosa, un escalofrío me recorrió el cuerpo.

¿Había un fantasma escondido allí dentro?

¿Lo quería averiguar realmente?

Agatha había preparado pollo con verduras para cenar. Comí todo lo que me había puesto en el plato, excepto los guisantes y las zanahorias. Las verduras no me gustan.

Terri y yo estábamos ayudando a Agatha a recoger la mesa.

—Jerry, me parece que falta una de las toallas de playa. ¿No te llevaste dos esta mañana? —preguntó Agatha.

—Me parece que sí —respondí.

—¿Nos olvidamos una en la playa? —preguntó Terri.

—No creo, pero iré a echar un vistazo —contesté, intentando recordar.

—No te preocupes —dijo Agatha—. Está oscureciendo. Puedes ir mañana.

—No importa —aseguré. Lancé mi trapo y salí corriendo por la puerta trasera sin darle tiempo a decir nada más.

Estaba contento de tener algún pretexto para escapar. Aquella cocina me estaba sofocando, casi no había espacio para moverse.

Me dirigí por el camino hasta la orilla. Quería estar solo. Terri y yo nos llevamos francamente bien, pero algunas veces me gusta estar solo.

Encontré la roca donde habíamos dejado las toallas aquella mañana. No había ni rastro de la que nos habíamos olvidado. Pensé que quizá la había cogido Sam. A lo mejor estaba planeando colocársela en la cabeza, esconderse y saltar sobre nosotros para asustarnos.

Miré fijamente hacia la cueva. Su oscuridad contrastaba con el cielo azul.

«¿Qué es eso?», pensé.

Parpadeé y di un paso hacia delante.

¿Era una luz que destellaba desde la cueva?

Me acerqué un poco más. Debía ser el reflejo de la luna, alzándose entre los pinos.

No. Me di cuenta de que no era la luna. Me aproximé. No podía

apartar la vista de aquella pálida luz tan fantasmal que se filtraba por la abertura de la cueva.

«¡Es Sam! —me dije—. Sí, es Sam. Está ahí arriba, encendiendo cerillas para ver si me creo lo de la luz».

¿Tenía que subir?

Las zapatillas de deporte se hundían en la arena conforme iba avanzando.

La luz, que cada vez se volvía más resplandeciente, revoloteaba en la entrada de la cueva. Parpadeaba. Flotaba en el aire, danzando lentamente.

«¿Tengo que ir hasta ahí? —me pregunté—. ¿De verdad tengo que hacerlo?».



Sí. Tenía que subir.

La luz se iba volviendo cada vez más intensa. Era como si me estuviera llamando para atraerme hasta ella.

Respiré hondo, e inmediatamente di una zancada para cruzar un pequeño charco. Salté unas rocas cubiertas de musgo y empecé a ascender.

La cueva estaba allá arriba, escondida entre unas piedras enormes. Di unas zancadas más y gateé por encima de unas rocas resbaladizas en las que se reflejaba un halo de luz amarilla que permitía ver con más claridad. ¿Qué era lo que había dicho Nat sobre la luna? ¿Que el fantasma salía cuando la luna estaba llena?

Escalé la siguiente roca y continué subiendo. La luz fantasmal flotaba por encima de mí en la entrada de la cueva.

Continué ascendiendo por aquellas rocas escabrosas, resbalando por la humedad de la noche.

—¡Dios mío! —exclamé al sentir que perdía el control de las piernas. Se estaba produciendo un ligero desprendimiento bajo mis pies. Oí cómo caían unas pequeñas rocas y algo de arena.

Me agarré desesperadamente a una raíz muy grande que había brotado entre las piedras y me mantuve inmóvil el tiempo suficiente para volver a recuperar la estabilidad.

—¡Uf! —Cogí aliento.

Entonces me apoyé en una gran piedra y miré hacia la cueva, que ya se encontraba delante mismo de mí, a sólo unos cuatro metros.

Me puse de pie, y me quedé boquiabierto.

¿Qué era aquel ruido que oía detrás de mí?

Permanecí inmóvil. Esperando. Escuchando.

¿Acaso había alguien más?

¿El fantasma?

No disponía de mucho tiempo para pensar en ello. Una mano fría y pegajosa me agarró por el cuello.

10

Lancé un grito entrecortado y forcejeé para girarme.

Aquellos dedos fríos se soltaron ligeramente.

—Chssst —susurró Terri—. Soy yo.

—¿Pero se puede saber qué estás haciendo? —gruñí con enfado.

—¿Y tú? ¿Qué estás haciendo tú?

—Estoy… estoy buscando la toalla —tartamudeé.

Terri se echó a reír.

—Estás buscando un fantasma, Jerry. Confiésalo.

Ambos alzamos la mirada hacia la cueva.

—¿Ves aquella luz? —susurré.

—¿Qué luz? —preguntó mi hermana.

—Aquella luz que parpadea en la cueva —contesté con impaciencia—. ¿Qué te pasa? ¿Es que necesitas gafas?

—Lo siento, pero yo no veo ninguna luz —dijo mi hermana—. Está completamente oscuro.

Volví a observar la entrada de la cueva, cubierta por una oscuridad absoluta.

Tenía razón. Los destellos de luz se habían desvanecido.

Por la noche, cuando me acosté en la cama, intenté poner en práctica lo que mi profesor de ciencias denomina “habilidades mentales críticas”. Se trata de conectar los hechos de los que dispones con los que todavía desconoces, y a partir de ahí llegar a alguna conclusión lógica.

Así que me pregunté: «¿Qué sé con toda certeza?».

Sabía que había visto una luz. Después, aquella luz desapareció.

Por lo tanto, ¿qué explicación había? ¿Había sido una ilusión óptica, o había sido Sam?

Oí unos ladridos de perro.

«Qué extraño», pensé. No había visto ningún perro por aquellos alrededores.

Me tapé los oídos con la almohada.

El ladrido se hacía cada vez más fuerte, más emotivo. Daba la sensación de que estaba justamente al lado de la ventana.

Me incorporé para sentarme a escuchar.

Recordé lo que nos había contado Nat: «Los perros reconocen a los fantasmas».

¿Era ése el motivo por el que aquel perro iba ladrando de aquel modo?

¿Había descubierto la presencia de algún fantasma?

Sentí un escalofrío y me levanté de la cama. Me dirigí de puntillas hasta la ventana y escudriñé el exterior.

No había ningún perro.

Seguí escuchando.

Los ladridos habían cesado.

Se oía el canto de los grillos y el susurro de los árboles.

—Aquí, perrito —dije en voz baja.

No hubo respuesta. Me estremecí de nuevo.

Reinaba el silencio.

«¿Qué está ocurriendo aquí?», me pregunté.

—Chssst. Vas a asustarlos —dijo Terri entre dientes.

El sol ya se había alzado tímidamente, dibujando una esfera roja en el cielo. Nos acercamos a un nido de gaviotas que mi hermana había descubierto el día anterior.

Observar pájaros era la afición número tres de Terri Sadler. A diferencia de calcar lápidas y recoger flores silvestres, ésta podía practicarla en casa, desde la ventana de nuestro apartamento.

Permanecimos agachados para verlas. A unos cinco metros, la madre gaviota estaba intentando reunir a sus tres crías para

hacerles regresar al nido. Primero las persiguió en una dirección, después en otra.

—¿No son bonitas esas crías? —susurró Terri—. Parecen muñequitos de peluche, ¿verdad?

—Bueno, la verdad es que me recuerdan a las ratas —respondí.

—No seas idiota —me riñó Terri, propinándome un codazo.

Las observamos en silencio durante unos minutos.

—Bien, sigue contándome lo que ocurrió con aquel perro que ladraba ayer por la noche —dijo Terri—. Es raro que yo no lo oyera.

—No hay nada más que contar —contesté nervioso—. Dejó de ladrar cuando me asomé a la ventana.

Vi a los tres hermanos Sadler abajo, en la playa. Llevaban pantalones cortos y camisetas sin mangas. Caminaban con los pies descalzos por la orilla. Me levanté de un salto y me dirigí hacia ellos con paso rápido.

—¿Qué prisa tienes? —dijo mi hermana mientras me seguía.

—Quiero contarles lo de los destellos de luz. —¡Espera!— gritó mi hermana, escalando por las rocas detrás de mí.

Tropezamos con una piedra. Vi que Sam llevaba consigo dos cañas de pescar y que Louisa sostenía un cubo lleno de agua.

—Hola —dijo ella con amabilidad, y dejó el cubo en la arena.

—¿Habéis atrapado algo? —les pregunté.

—Nada de nada —respondió Nat—. Todavía no hemos empezado a pescar.

—Entonces, ¿qué hay en el cubo? —seguí preguntando.

Nat cogió el recipiente y sacó de él un pequeño pez plateado.

—Es un pez. Lo utilizamos como cebo.

Me incliné para ver desde más cerca. Había docenas de pececillos brillantes revolviéndose dentro del agua.

—¡Caramba!

—¿Queréis venir con nosotros? —preguntó Louisa.

Terri y yo intercambiamos una mirada. La idea de ir a pescar resultaba atractiva. Además, probablemente nos daría la oportunidad de preguntar sobre los destellos de la cueva.

—Claro, ¿por qué no? —dije.

Los seguimos por el camino de arena hasta una oscura laguna.

—Aquí solemos tener bastante suerte —aseguró Sam.

Sacamos un cebo del cubo, y el niño le clavó hábilmente el anzuelo. Después me alcanzó la caña.

El pececillo se agitaba violentamente de un lado a otro.

—¿Quieres probar tú? —preguntó. Me sorprendió que hubiera cambiado tan repentinamente y que fuera amable conmigo. ¿Acaso Louisa había hablado con él, o estaba preparándome para otra de sus bromas?

—Sí, claro, lo intentaré. ¿Qué tengo que hacer?

Sam me mostró cómo tenía que lanzar la caña. Mi primer intento no tuvo éxito. El cebo se quedó a medio metro de la orilla.

Sam se burló de mí y volvió a preparármelo para un nuevo intento.

—No te preocupes —me dijo acercándome otra vez la caña—. Para lanzar bien se necesita mucha práctica.

Aquel Sam era realmente diferente del que yo había conocido antes. Posiblemente necesitaba tiempo para mostrar su amistad.

—Y ahora, ¿qué debo hacer?

—Persistir. Y si notas un tirón, me lo dices. ¿Quieres intentarlo tú también? —le preguntó a Terri.

—Claro —respondió mi hermana. Sam se dispuso a coger otro cebo del cubo.

—Déjame a mí. Puedo hacerlo sola. Sam dio un paso hacia atrás y dejó que Terri hiciera los honores. «Otro de sus faroles», pensé.

Nunca la había visto colocar un cebo, y además detestaba todo lo que fuera viscoso.

Terri lanzó su caña sin que nadie la ayudara. Estaba a punto de descubrir su inexperiencia ante los demás cuando el hilo se enredó entre las ramas de unos árboles.

Todos lanzamos una carcajada, sobre todo cuando el pececillo saltó del anzuelo y cayó directamente sobre su pelo. Mi hermana empezó a gritar. Se sacudió el cabello con las manos y tiró bruscamente el pez al agua.

Sam se revolcaba de risa. De hecho todos estallamos en carcajadas. Estábamos tumbados sobre una gran roca de superficie lisa.

Tuve la impresión de que era un buen momento para volver a sacar el tema de la cueva.

—¿Sabéis una cosa? —empecé—. Ayer por la noche vine a la playa y vi los destellos de luz de los que me hablasteis.

La sonrisa de Sam se desvaneció al instante.

—¿Ah, sí?

Louisa mostró una expresión preocupada.

—¿Entraste en la cueva? Por favor, di que no.

—No, no entré —les dije.

—Es muy peligroso —prosiguió Louisa—. No deberías subir hasta allí. Lo digo en serio.

—Es cierto —coincidió Sam. Me miró fijamente a los ojos.

Lancé una mirada a Terri. Estaba seguro de lo que pensaba. Aquellos tres niños estaban realmente asustados pero no querían admitirlo. No querían hablar de ello.

La cueva les aterrorizaba.

¿Por qué?

Yo sólo estaba seguro de una cosa: tenía que descubrirlo.



A la hora de cenar nos sentamos alrededor de la mesa de la sala. Brad se disponía a desmenuzar una mazorca con un cuchillo. Intentaba separar todos los granos de maíz para comérselos después con el tenedor.

—Brad… estaba pensando en la cueva —empecé mientras jugaba nerviosamente con los cubiertos de plata.

Sentí que Terri me daba un golpecito con el pie por debajo de la mesa.

—¿Ah sí? ¿Y qué pensabas? —preguntó Brad.

—Bueno… Lo más extraño es que… —Dudé en continuar.

Agatha giró bruscamente la cabeza.

—No entraríais en la cueva, ¿verdad?

—No —contesté.

—No debéis hacerlo. No es un lugar seguro —nos advirtió.

—De eso es precisamente de lo que quería hablar —proseguí. Todos dejaron de comer y me miraron con atención—. Anoche, cuando fui a buscar la toalla, vi una luz que parpadeaba dentro de la cueva. ¿Sabéis vosotros lo que es?

Brad me miró con los ojos entrecerrados. —Una ilusión óptica —respondió secamente. Volvió a coger la mazorca y empezó a cortar de nuevo.

—No lo entiendo —dije—. ¿A qué te refieres?

De nuevo, Brad apoyó suavemente la mazorca en el plato.

—Jerry, ¿es que no has oído hablar de la aurora boreal, la luz del norte? —Sí, claro, pero…

—Eso fue lo que viste —me interrumpió. Volvió a agarrar la mazorca.

Me volví hacia Agatha, esperando que me despejara las dudas. Así lo hizo.

—Ocurre en ciertas épocas del año —me explicó—. Se producen unos fenómenos eléctricos en el cielo que provocan intensos destellos de luz. —Me acercó el puré de patatas—. ¿Quieres más?

—Sí, gracias.

Terri volvió a darme un puntapié por debajo de la mesa. Le hice un gesto con la cabeza. Brad y Agatha se confundían. No podía tratarse de la luz del norte. Los destellos procedían de la cueva, no del cielo.

¿Estaban equivocados, o me mentían deliberadamente?

Después de cenar, me fui con mi hermana a dar un paseo por la playa. La luna llena asomaba entre las nubes grises que cubrían el cielo formando oscuras sombras en la arena gruesa.

—Han mentido —le dije a Terri. Llevaba las manos en los bolsillos de los tejanos—. Brad y Agatha nos están ocultando algo. No quieren que sepamos la verdad sobre la cueva.

—Lo que pasa es que están preocupados —replicó mi hermana —. No quieren que nos ocurra algo. Se sienten responsables de nosotros, y además…

—¡Mira Terri! —grité señalando hacia la cueva.

Esta vez también ella vio la luz. Parecía que se aproximaba cuando las nubes cubrieron la luna por completo y el cielo se volvió oscuro.

—No es la luz del norte —susurré—. Hay alguien allá arriba.

—Vamos a comprobarlo —dijo mi hermana en voz baja.

Sin pensarlo dos veces, empezamos a trepar por las rocas en dirección hacia la cueva. Me sentía como atraído por un imán.

Tenía que acercarme para desentrañar aquel misterio.

Detrás de nosotros, las olas se estrellaban contra las rocas más bajas, salpicando en todas direcciones.

Estábamos llegando a la boca de la cueva. Miré hacia atrás y vi la playa, que se extendía a lo largo de la costa. En la entrada todavía podía verse el ininterrumpido parpadeo de la luz.

Nos incorporamos tras sortear las últimas rocas, que eran las

más sobresalientes. La oscura cueva se alzaba delante de nosotros como una inmensa torre, aunque no se podía apreciar si era muy profunda.

Miramos la luz tenue de soslayo. Me pareció ver un túnel que conducía hasta su interior.

Di un paso hacia delante. Terri se puso a mi lado. El miedo se reflejaba en su rostro. Se mordió el labio.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó con un susurro…

—Entremos.

12

Mi corazón latía con fuerza mientras nos adentrábamos hacia la oscuridad. Nuestras zapatillas resbalaban sobre el suelo liso y húmedo. El agrio olor a moho me estaba asfixiando.

—¡Eh! —grité cuando mi hermana me cogió del brazo.

—Mira, ahí está esa luz —dijo en voz baja.

Los intensos destellos procedían de la parte trasera de la cueva.

Avanzamos juntos un poco más. Nuestros pasos resonaban en la cueva. El aire estaba cada vez más caliente.

—Es… es un túnel —tartamudeé.

El camino fue estrechándose hasta que llegamos a un pronunciado desvío que conducía hacia una nueva dirección. Sin duda nos acercábamos al lugar de donde procedía la luz.

Tragué saliva.

Avancemos un poco más —propuse.

Terri se quedó atrás.

Este túnel me asusta —confesó con voz entrecortada.

Oí un suave sonido a lo lejos.

Ahora que hemos llegado hasta aquí no podemos detenernos —dije intentando persuadirla.

Nos adentramos en el túnel siguiendo la luz y con la cabeza agachada. Podía oír el goteo de agua cerca de mí. El aire se volvía cada vez más denso.

El túnel seguía serpenteando. De repente se ensanchó y llegamos a una amplia bóveda circular.

Me detuve al oír de nuevo aquel ruido extraño, como el suave

batir de unas alas. Cada vez era más intenso.

—¿Qué será ese sonido? —preguntó Terri. Su voz penetrante resonó en la cueva.

Antes de que pudiera responder, el aleteo se transformó en un ruido ensordecedor.

—¡Nooooo! —Mi grito quedó ahogado por un horrible rugido.

Alcé la mirada a tiempo para ver que el negruzco techo de la cueva se estaba desprendiendo e iba a caer encima de nosotros.

13

—¡Nooooo!

Todavía estaba gritando cuando caí al suelo y me di un golpe. Me cubrí la cabeza con las manos y esperé indefenso a que el techo se desplomara sobre mí.

Me vi envuelto en aquel ruido ensordecedor, pero éste quedó ahogado por un silbido agudo de mayor intensidad.

El corazón me palpitaba con fuerza en el pecho. Alcé la vista y vi a los murciélagos.

Cientos de murciélagos negros batiendo sus alas, bajando en picado mientras se desplazaban a través de aquel amplio espacio dibujando círculos en el aire.

El techo se mantenía intacto.

Terri y yo les habíamos despertado al invadir su espacio. Lanzaban chillidos agudos y ahogados mientras descendían rápidamente en dirección hacia nosotros.

¡Larguémonos de aquí! —exclamé aterrorizado mientras ayudaba a mi hermana a ponerse de pie—. ¡Odio los murciélagos!

—¡Brad y Agatha ya nos avisaron! —gritó Terri.

Dimos media vuelta para salir corriendo, pero los destellos de luz al fondo de la cueva nos detuvieron.

Estábamos a sólo unos pocos metros de distancia. Si nos adentrábamos un poco más, podríamos resolver aquel misterio.

Teníamos que librarnos de aquella pesadilla.

—¡Vamos! —exclamé. Cogí a Terri de la mano y la arrastré hacia mí.

Los murciélagos se abalanzaron sobre nosotros y revolotearon por encima de nuestras cabezas sin dejar de chillar.

Tratamos de esquivarlos, agachándonos.

Nos dirigimos rápidamente hacia el interior y llegamos a otro estrecho túnel lleno de curvas. Apoyé mi espalda contra la pared y me deslicé lentamente hacia delante, con precaución, sin soltar la mano de mi hermana.

La tenue luz se volvió más brillante.

Nos estábamos acercando.

Nos encontramos en otra abertura de tamaño parecido a la anterior. Terri y yo tuvimos que cubrirnos los ojos con las manos. La entrada resplandecía con una luz brillante que no dejaba de parpadear.

Entonces pude verlas.

Velas. Docenas de pequeñas velas blancas dispuestas alrededor de aquella especie de cámara forjada por rocas prominentes.

Todas estaban encendidas. Todas resplandecían intermitentemente en la oscuridad.

—Esto lo explica todo —susurré—. ¡Velas!

—¡Esto no explica absolutamente nada! —protestó Terri. Las sombras se proyectaban sobre su pálido rostro—. ¿Quién habrá puesto esas velas ahí?

Los dos vimos al hombre al mismo tiempo.

Era un hombre mayor, con el pelo blanco formando largos mechones. Tenía la nariz puntiaguda y la tez pálida. Se sentó encorvando la espalda sobre una mesa hecha con restos de tablas de algún naufragio.

Su holgada camiseta dejaba entrever su terrible delgadez. Tenía los ojos cerrados. Las sombras cubrían parte de su figura. Daba la impresión de que parpadeaba como las velas, de que formaba parte de toda aquella luz fantasmal.

Terri y yo nos quedamos paralizados de terror, mirándolo fijamente. ¿Nos había visto? ¿Estaba vivo?

¿Era un fantasma?

Abrió sus ojos oscuros, grandes y hundidos.

Se volvió hacia nosotros y nos miró intensamente, causándonos un terrible espanto.

Alzó lentamente la mano y nos indicó con su delgado y huesudo dedo que nos aproximáramos a él.

—Acercaos —susurró con voz ronca y en un tono tan tenebroso como la muerte.

Antes de que pudiéramos movernos, se levantó de la silla y se dirigió hacia nosotros.

14

Quería correr pero tenía los pies pegados al suelo, como si aquella figura fantasmal me estuviera reteniendo, impidiéndome huir.

Terri lanzó un grito agudo. Echó a correr pero dio un traspié y chocamos el uno contra el otro. Esto nos hizo reaccionar.

Miré por última vez aquella figura pálida y espectral. Su esquelética imagen resplandecía tenebrosa con la luz de las velas.

Se dirigió hacia nosotros. Su boca esbozó una malévola sonrisa. Tenía la mirada perdida, como la de una muñeca de porcelana.

Dimos media vuelta y echamos a correr a toda prisa. Terri se adelantó mientras escapábamos por aquel interminable túnel. Sus zapatillas golpeaban sonoramente el suelo. Me resultaba difícil alcanzarla por aquel suelo resbaladizo.

Sentía las piernas tremendamente pesadas y el pulso me latía con violencia en las sienes. Pensé que la cabeza me iba a estallar.

—¡Salgamos de aquí! ¡Deprisa, Terri!

Me volví para echar un último vistazo.

¡Nos estaba persiguiendo!

—¡Nooooo! —grité aterrorizado.

No hubiera debido girarme.

Tropecé con una roca puntiaguda y caí de bruces en el suelo.

Sentí un fuerte dolor en los codos y las rodillas.

Cogí aliento y di media vuelta rápidamente, a tiempo para ver las huesudas manos del fantasma acercándose a mi cuello.

15

Solté un chillido de terror.

Me incorporé con dificultad y logré escapar de sus amenazadoras manos.

Terri se encontraba a pocos metros, observando la escena horrorizada, con la boca abierta y los ojos fuera de las órbitas por el pánico.

El fantasma lanzó un aullido cuando intentó alcanzarme con los dos brazos.

Sin saber cómo, reuní las fuerzas suficientes para huir corriendo.

No nos detuvimos ni un instante mientras avanzábamos a través de aquel serpenteante y estrecho túnel. Atravesamos la bóveda donde nos habíamos enfrentado a los murciélagos, que ahora estaba vacía y silenciosa, y llegamos a la boca de la cueva.

Salimos al exterior e iniciamos el descenso a través de las grandes y resbaladizas rocas. Nos deslizábamos torpemente, arrastrándonos a cuatro patas, impacientes por alcanzar la playa, iluminada por la luz de la luna.

Me volví por última vez. No lo pude evitar.

La entrada de la cueva volvía a estar oscura más oscura que el cielo.

Corrimos a lo largo de la orilla, y después nos adentramos en el bosque. Respirábamos con dificultad, jadeando con fuerza. Por fin llegamos a casa. Abrí la puerta de un empujón. Terri me apartó a un lado y entró a toda velocidad. Yo fui tras ella y cerré la puerta de un golpe.

—¿Terri? ¿Jerry? ¿Sois vosotros? —La voz de Agatha llegaba desde la cocina. Se acercó a nosotros rápidamente mientras se secaba las manos con un trapo—. Qué, ¿lo habéis conseguido?

La miré sorprendido, intentando recuperar el aliento.

¿Nos estaba preguntando si habíamos conseguido ver al fantasma?

¿Se estaba refiriendo realmente a eso? —¿La habéis encontrado? —insistió. —¿Habéis encontrado la toalla?

Nos miró asombrada cuando Terri y yo soltamos una carcajada de alivio.

Aquella noche no podía conciliar el sueño. No podía borrar de mi mente la imagen del fantasma, con sus largas greñas blancas, los ojos hundidos y sus horribles manos intentando atraparme. Me pregunté si Terri y yo habíamos hecho lo correcto al querer que Agatha y Brad nos contaran cosas sobre él.

—La visita a la cueva sólo nos traerá problemas—, le había advertido a mi hermana.

—De todas formas, es probable que no nos crean—, añadió ella.

—Además, ¿para qué disgustarlos? —proseguí yo—. Han sido tan amables con nosotros… Al fin y al cabo hemos ido a la cueva a pesar de sus advertencias—.

Así que no les contamos nada sobre aquel espeluznante fantasma rodeado de velas dentro de la horripilante cueva.

Mi mente se negaba a abandonar aquella horrible pesadilla y me revolví en la cama sin poder dormir. Me pregunté de nuevo si Terri y yo debíamos confesarles a nuestros primos lo que habíamos hecho y visto.

A pesar del calor, me cubrí con las sábanas hasta la barbilla y miré hacia la ventana. La pálida luz de la luna brillaba detrás de las cortinas, que se mecían ligeramente por la brisa.

En lugar de resultarme bonito, aquel reflejo me recordaba el tétrico rostro del fantasma.

De repente mis pensamientos se vieron interrumpidos por unos suaves golpecitos.

Pom pom. Pom pom pom.

Me incorporé rápidamente.
Los golpes sonaron de nuevo.
Pom pom. Pom pom pom.
Entonces oí un susurro fantasmal:
—Ven aquí…
Pom pom pom.
—Ven aquí…
El fantasma me había seguido hasta casa.

16

—Ven aquí…

Desde la cama, paralizado de terror, vi con espanto que un rostro aparecía detrás de la ventana iluminada por la luna.

Lo primero que distinguí fue un mechón claro de cabello. Después vislumbré una frente ancha y la profunda mirada de unos ojos de un azul intenso.

—¡Nat!

Me sonrió desde el otro lado del cristal.

—¡Nat! ¡Eres tú! —exclamé con alivio, saltando de la cama. Me puse el batín por encima del pijama y me dirigí tambaleante hacia él.

Se rió tontamente.

Le hice una mueca de desaprobación. Nat estaba subido a los hombros de Sam, que se agachó para dejar a su hermano en el suelo. Louisa estaba a su lado. Llevaba unos pantalones de tenis cortos y un holgado jersey gris.

—¿Se… se puede saber qué estáis haciendo aquí? —tartamudeé —. Me habéis dado un susto de muerte.

—No pretendíamos asustarte —respondió Sam, con las manos apoyadas en los hombros de su hermano—. Os vimos a tu hermana y a ti corriendo por la playa y nos preguntábamos si os habría ocurrido algo.

—¡No os lo vais a creer! —exclamé. Me di cuenta de que estaba hablando demasiado fuerte y que probablemente Brad y Agatha me podían oír desde su habitación. No quería despertarles.

—Entrad. Hablaremos aquí dentro —les dije haciendo un gesto con la mano.

Sam alzó a Nat hasta el alféizar de la ventana y yo le ayudé a entrar. Sus hermanos le siguieron.

Se sentaron en la cama.

Empecé a andar de un lado a otro de la habitación.

—Terri y yo hemos entrado en la cueva —les conté sin levantar la voz—. Hemos visto al fantasma. Estaba en una de las bóvedas del fondo de la cueva, rodeado de velas. —Sus rostros reflejaron sorpresa—. Era muy mayor y tenía un aspecto tenebroso —proseguí —. No se movía. Era como si flotara. Cuando nos ha visto, ha empezado a perseguirnos. Yo me he caído y ha estado a punto de atraparme, pero he podido escapar.

—¡Caramba! —exclamó Sam. Louisa y Nat me miraban fijamente pero no soltaron palabra.

—¿Y entonces? —preguntó de repente el más pequeño de los tres hermanos.

—Volvimos hacia casa tan deprisa como pudimos. Eso es todo.

Todos guardaron silencio. Intenté adivinar lo que estarían pensando. ¿Acaso no me creían?

Sam se levantó finalmente de la cama y se dirigió hacia la ventana.

—No queríamos que supierais nada sobre el fantasma —dijo con suavidad, apartándose el pelo de la cara.

—¿Por qué no? —pregunté algo molesto.

—No queríamos… no queríamos asustaros —titubeó Sam.

Solté una carcajada irónica. —Desde que hemos llegado al pueblo, no habéis dejado de hacerlo expresamente.

—Sólo queríamos divertirnos un poco —explicó él—, pero sabíamos que si descubríais algo sobre el fantasma… —Su voz se fue apagando.

—¿Vosotros también lo habéis visto? —pregunté, anudándome el batín.

Los tres asintieron con la cabeza. —Preferimos no acercarnos demasiado a él— aclaró Nat mientras se rascaba el brazo. —El fantasma da mucho miedo.

—Es realmente peligroso —dijo Louisa—. Creo que nos quiere

matar a todos. —Me miró fijamente—. A ti también. A ti y a Terri.

Me estremecí.

—¿Por qué? ¡Terri y yo no le hemos hecho nada!

—No importa, eso es lo de menos. Nadie está a salvo —mascullό Sam entre dientes, mirando inquieto a través de la ventana—. Viste el esqueleto en el bosque, ¿verdad? El fantasma hará lo mismo con vosotros si os atrapa.

Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Estaba realmente asustado.

—Pero existe una forma de deshacerse del fantasma —aseguró Louisa, interrumpiendo mis atormentados pensamientos. Estaba nerviosa. Balanceaba el cuerpo sin cesar y se daba palmadas en las rodillas—. Pero necesitamos vuestra ayuda. No podemos hacerlo solos.

Tragué saliva.

—¿Y qué podemos hacer mi hermana y yo?

Antes de que pudiera responder, oí unos crujidos que venían del piso de arriba. Unas voces.

¿Habíamos despertado a nuestros primos?

Louisa y sus dos hermanos se apresuraron hacía la ventana y salieron de la habitación.

—Nos veremos mañana por la mañana en la playa —dijo Sam.

Me quedé de pie frente a la ventana, observando cómo se adentraban en el bosque.

El silencio volvió a reinar en la habitación. Las cortinas se movieron ligeramente.

Contemplé durante unos instantes el vaivén de los pinos, a merced de la brisa.

«¿Qué podemos hacer Terri y yo para acabar con el fantasma? —me pregunté—. ¿Qué podemos hacer nosotros?».

17

Al día siguiente me desperté con el ruido de la lluvia. Bajé de un salto de la cama y corrí hacia la ventana. Soplaba un fuerte viento que formaba remolinos con la lluvia. El agua había formado unos estrechos surcos entre los sembrados de hortalizas que se extendían hasta el patio. Una espesa niebla había cubierto todos los árboles.

—Menudo tiempo que hace —dijo Terri irrumpiendo en mi habitación.

Me volví rápidamente.

—Escucha, Terri. Tengo que decirte una cosa. —Le conté la conversación que había mantenido la noche anterior con los tres hermanos Sadler.

Cuando terminé, Terri miró a través de la ventana.

—¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Pero cómo vamos a ir a verles a la playa si está lloviendo de esta forma?

—No podemos. Tenemos que esperar a que amaine.

—Odio el suspense —se quejó mi hermana, y se fue rápidamente a su habitación para vestirse.

Me puse los tejanos viejos y rasgados a la altura de las rodillas y una sudadera gris, y salí corriendo para reunirme con todos y desayunar. Agatha nos había preparado puré de avena, cubierto con azúcar negro y mantequilla.

Después del desayuno, Brad encendió un acogedor fuego en el hogar. Terri esparció su colección de flores silvestres frente a él.

Mientras mi hermana pegaba algunas muestras de flores secas en cartulinas, yo me senté a esperar a que cesara la lluvia. ¡Maldita

lluvia!

Hasta después de la comida no salió el sol. Tan pronto como pudimos escabullimos, Terri y yo corrimos hacia la playa.

Estuvimos esperando cerca de una hora. Me entretuve lanzando piedrecitas al agua y Terri se dedicó a buscar conchas. No había ni rastro de Sam, Nat ni Louisa.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunté, dando una patada a una piedra. Habíamos perdido todo el día.

—He traído mis cosas para calcar lápidas —respondió mi hermana—. Vamos al cementerio.

Nos encaminamos hacia el pequeño cementerio. Trepamos por encima del viejo muro para escudriñar con la mirada. Las tumbas eran muy antiguas, y la mayoría de las lápidas estaban destrozadas, rotas o cubiertas por malas hierbas.

El bosque había invadido el cementerio. Dos árboles enormes habían brotado entre las tumbas y un pino gigante había derrumbado parte del muro, haciendo caer varías lápidas.

—Voy a ver si encuentro algo interesante cerca de ese pino —dijo Terri.

Se dirigió corriendo hacia él. La seguí sin darme prisa. La última vez que estuvimos allí no entramos muy adentro. Sin embargo, en esta ocasión no dudé en continuar.

Empecé a leer las inscripciones de las lápidas. Me detuve a leer la primera:

AQUÍ YACE EL CUERPO DE MARTIN SADLER

«Qué extraño —pensé—. Otro Sadler». Recordé que Sam nos había contado que Sadler era un apellido muy común en aquel pueblo. Posiblemente aquella zona del cementerio estaba reservada a la familia Sadler.

La lápida contigua era la de su esposa, Mary Sadler. Le seguían las de sus hijos, Sara y Miles.

Continué hasta la próxima hilera para seguir leyendo las inscripciones. Otro Sadler. Esta vez se trataba de un tal Peter. A su

lado yacía Miriam Sadler.

Empecé a sentir miedo. ¿Es que todos los muertos del pueblo pertenecían a la familia Sadler?

Seguí avanzando. Una nueva hilera. Todos Sadler. Hiram, Margaret, Constance, Charity…

¿Sería un cementerio privado de los Sadler?

El grito de Terri rompió el silencio.

—¡Ven, Jerry!

Estaba de pie junto al árbol, con el rostro contraído por el miedo.

—¡Fíjate en eso! —exclamó asustada, señalando un grupo de lápidas que estaban a sus pies.

Miré las dos enormes piedras que Terri indicaba con el dedo:

THOMAS SADLER,
FALLECIDO EL 18 DE FEBRERO DE 1641
Y
PRISCILLA SADLER, ESPOSA DE THOMAS,
FALLECIDA EL 5 DE MARZO DE 1641

—Sí, ya me he dado cuenta —le dije—. Todo el cementerio está lleno de Sadler. Es sospechoso, ¿no crees?

—No, no. Me refiero a esas dos tumbas pequeñas —me indicó mi hermana, nerviosa.

Vi tres lápidas idénticas, alineadas al lado de las de sus padres. Se mantenían intactas. Estaban limpias, como si alguien hubiera estado cuidando de ellas.

Me agaché para leer las inscripciones:

SAM SADLER, HIJO DE THOMAS Y PRISCILLA

—¿Y qué? —Volví a ponerme de pie—. Lee la otra —me ordenó Terri. Me arrodillé:

LOUISA SADLER…

—Vaya… Apuesto a que adivino el próximo nombre.
—Seguro que sí —respondió Terri, con un suspiro tembloroso.
Miré la última de las lápidas:

NAT SADLER, FALLECIDO A LOS CINCO AÑOS DE EDAD

18

Me quedé boquiabierto mirando fijamente las tres tumbas hasta que la imagen se volvió borrosa.

Tres tumbas. Tres niños.

Sam, Louisa y Nat.

Todos habían muerto a mediados del siglo XVII.

—No lo entiendo —dije. Al incorporarme, me sentí mareado—. No entiendo nada.

—Debemos contárselo a Brad y a Agatha —dijo Terri—. Todo esto es demasiado raro.

Regresamos a casa a toda prisa. Durante todo el camino no pude apartar de mi mente la imagen de aquellas tres lápidas.

Sam, Louisa y Nat.

Encontramos a nuestros primos en el jardín de la parte trasera de nuestra casa. Estaban sentados en los balancines.

Agatha sonrió cuando nos vio entrar corriendo hacia ellos, sin aliento.

—Chicos, siempre estáis corriendo. Me gustaría tener vuestra energía.

—Hemos ido al cementerio —solté bruscamente—. Tenemos que preguntaros una cosa.

—¿Ah sí? ¿Habéis estado calcando más lápidas? —preguntó, levantando las cejas.

—No hemos tenido tiempo de hacerlo —le respondió mi hermana—. Hemos estado leyendo las inscripciones. ¡En todas las tumbas está enterrado algún Sadler! ¡En todas!

Agatha asintió con la cabeza, sin dejar de balancearse, pero no dijo nada.

—¿Te acuerdas de aquellos chicos que conocimos en la playa? —proseguí—. Bueno, pues hemos encontrado las tumbas de Sam, Louisa y Nat Sadler. Murieron en 1640 y algo. ¡Son sus nombres!

Agatha y Brad no se inmutaron. Ella me sonreía.

—¿Cuál es el problema, Jerry?

—¿Cómo es posible que haya tantos Sadler en el cementerio del pueblo? —pregunté—. ¿Cómo puede ser que en esas lápidas estén grabados los nombres de nuestros amigos?

—Buena pregunta, Jerry —dijo Brad sin perder la calma.

—Me gusta que seáis tan observadores. Sentaos —propuso nuestra prima, sonriente—. Es una larga historia.

Terri y yo nos sentamos en el césped.

—Cuéntanos —le pedí impaciente. Agatha respiró profundamente.

—Durante el invierno de 1641, un numeroso grupo de Sadler, prácticamente toda la familia, vino en barco desde Inglaterra y decidió establecerse aquí. Eran unos aventureros que venían a iniciar una nueva vida. —Lanzó una mirada a Brad, que continuaba impasible, contemplando los árboles del jardín—. Fue uno de los peores inviernos de la historia de nuestro país —continuó Agatha—. Desgraciadamente, los Sadler no estaban preparados para el frío. Murieron todos, fue algo muy trágico. Fueron enterrados en este pequeño cementerio. Hacia 1642, apenas quedaba ningún superviviente.

Brad sacudió la cabeza e hizo un chasquido con la lengua. Agatha, que seguía balanceándose parsimoniosamente, retomó la historia:

—Vuestros amigos, Sam, Nat y Louisa, son vuestros primos lejanos, igual que Brad y yo. Les pusieron estos nombres en memoria de sus antepasados, los niños que están enterrados en el cementerio. Lo mismo ocurrió con nosotros. También hay dos tumbas para Agatha y Bradford Sadler en el cementerio.

—¿De verdad? —gritó Terri.

Agatha asintió de nuevo, solemnemente.

—De verdad, pero podéis estar tranquilos. Todavía no ha llegado

nuestra hora, ¿verdad, Brad?

—No, cariño. —Brad negó con la cabeza y sonrió.

Terri y yo nos reímos.

Fue una risa de alivio.

¡Estaba tan contento de que todo aquello tuviera una explicación lógica! De repente estuve tentado de explicarles a mis primos lo del fantasma de la cueva, pero mi hermana empezó a enrollarse sobre las flores silvestres. Me acomodé en el césped y reservé mis pensamientos para mí.

A la mañana siguiente nos encontramos finalmente con Sam, Louisa y Nat en la playa.

—¿Dónde os habíais metido? —les pregunté—. Estuvimos esperándoos toda la tarde.

—¡Eh, tranquilos! —protestó Sam—. No nos dejaron salir porque estaba lloviendo.

—Ayer estuvimos en el cementerio —les explicó Terri—. Encontramos tres viejas lápidas con vuestros nombres.

Louisa y Sam intercambiaron sendas miradas.

—Son nuestros antepasados —dijo él—. Nos pusieron sus nombres en su memoria.

—Jerry me ha dicho que tenéis un plan para deshacernos del fantasma —interrumpió Terri. A mi hermana siempre le gusta ir al grano.

—Es cierto —dijo Sam con expresión seria—. Seguidnos. —Empezó a andar con paso rápido por la arena.

Corrí un poco para alcanzarlos.

—¡Uf! ¿Dónde vamos? No volveré a subir a la cueva. ¡Ni loco! —grité.

—Yo tampoco —coincidió Terri—. El fantasma ya me persiguió una vez, y tuve más que suficiente.

Sam me miró fijamente.

—No tenéis que volver a entrar en la cueva. Os lo prometo.

Nos condujo hasta las rocas que llevaban hasta ella. Miré hacia arriba, protegiéndome del sol con la mano.

Durante el día, la cueva no infundía tanto miedo. La luz diurna

les confería a las rocas un aspecto totalmente diferente. La oscuridad de la entrada no resultaba tan amenazadora.

Sam la señaló.

—¿Os habéis fijado en aquellas grandes rocas amontonadas en lo alto de la cueva? —preguntó.

Sí, ¿y qué? —le respondí mientras las miraba de soslayo.

—Todo lo que tenéis que hacer es trepar hasta ellas y hacerlas caer hasta que bloqueen la boca de la cueva. Así el viejo fantasma quedará sepultado para siempre.

Terri y yo contemplamos durante unos instantes aquellas gigantescas rocas blancas. Cada una de ellas debía de pesar unos cien kilos.

—¿Bromeas? —pregunté indignado.

—Va en serio, Jerry —respondió Louisa, negando con la cabeza.

—¿Y crees que las rocas impedirán definitivamente la salida al fantasma? —seguí preguntando, sin apartar la vista. Aquel agujero oscuro parecía un enorme ojo negro que no dejaba de observarme —. ¿No podrá salir nunca más? ¡Es un fantasma! Seguro que puede pasar a través de las piedras.

—No, no puede —explicó Louisa—. La leyenda dice que la cueva es un santuario. Eso quiere decir que ningún ser maléfico que quede atrapado en su interior podrá franquear la salida. El fantasma quedará encerrado para siempre.

—Entonces, ¿por qué nunca lo habéis intentado vosotros?

—Nos da mucho miedo —respondió Nat espontáneamente.

—Si cometiéramos algún error, el fantasma no dejaría nunca de perseguirnos —continuó Sam—. Nosotros vivimos aquí. Encontraría nuestra casa y se vengaría de nosotros.

—Hemos esperado mucho tiempo la visita de algunos forasteros que pudiesen llevar a cabo nuestro plan —añadió la niña, rogándome con la mirada—. Tenía que ser alguien de confianza.

—Y si intentamos atrapar al fantasma esta noche y no lo conseguimos, ¿no vendrá a por nosotros? —pregunté.

—Todo va a salir bien —respondió solemnemente Sam—. Lo haremos en equipo. Si el fantasma saliera de la cueva, Nat, Louisa y yo le distraeríamos para que no se diera cuenta de vuestra presencia.

—¿Nos ayudaréis? ¡Por favor! —nos suplicó Louisa—. Ese viejo fantasma lleva toda la vida aterrorizándonos.

—La gente de por aquí os estaría eternamente agradecida —añadió Sam.

Dudé unos momentos. Había tantas cosas que podían salir mal…

¿Qué ocurriría si las piedras se desplazaban de nuevo?

¿Y si el fantasma lograba atravesarlas y descubría que Terri y yo éramos los culpables? ¿Qué sucedería si resbalábamos y caíamos desde lo alto de la cueva?

Decidí no hacerlo. De ninguna manera. No podíamos correr ese peligro. Era demasiado arriesgado.

Me volví para comunicarles mi decisión.

—Desde luego que os ayudaremos —oí decir a Terri.

19

Pasamos toda la tarde con Agatha, cogiendo arándanos. Después preparamos con ellos un helado con un viejo molde de la despensa de nuestra prima. Nunca había probado un helado tan sabroso. Agatha aseguró que si estaba tan bueno era porque nosotros mismos nos habíamos encargado de recoger los arándanos.

A medida que se acercaba la hora de cenar, mi inquietud iba en aumento. Me parecía imposible que esa misma noche fuéramos a atrapar al fantasma.

Durante la cena, casi no probé bocado. A Agatha le sorprendió, pero yo dije que el helado me había quitado el hambre.

Después de cenar, mi hermana y yo ayudamos a nuestra prima en la cocina. Brad insistió en darme lecciones sobre nudos marineros. ¡Ninguno de ellos era más grande que el que yo tenía en el estómago!

Al cabo de un rato, Terri y yo les dijimos que íbamos a ir a la playa a tomar un poco de aire fresco. Fuimos a toda prisa al encuentro de nuestros tres amigos.

Era una noche clara y despejada. Cientos de estrellas parpadeaban en el cielo. El aire fresco era muy agradable. La luna llena permitía ver fácilmente sin la ayuda de las linternas.

Mi hermana y yo caminamos cuidadosamente y en silencio a lo largo del camino que conducía a la playa. Ninguno de los dos tenía ganas de hablar. Yo seguía pensando en la advertencia que me habían hecho papá y mamá para que evitara que Terri se metiera en problemas.

Bien, pues estábamos metidos en uno muy gordo. ¡En menudo lío nos encontrábamos… los dos! Probablemente los cinco.

Sam, Louisa y Nat estaban de pie en la orilla, esperándonos. La luna se reflejaba en el agua oscura. De pronto deseé que su luz no fuera tan intensa. Lo que íbamos a hacer requería oscuridad.

Cuando saludamos a nuestros tres amigos, me dio un vuelco el corazón.

Sam se llevó un dedo a los labios para indicar silencio, y en voz muy baja nos pidió que le siguiéramos. Entonces iniciamos sigilosamente nuestro camino a través de las rocas para llegar a la cueva.

—Mirad —susurré. La entrada volvía a estar iluminada por aquellos destellos de luz.

El fantasma estaba en casa.

Intenté estudiar la ruta que debíamos seguir —tendríamos que iniciar el ascenso por el mismo camino que habíamos elegido la otra vez. Pero en lugar de entrar, ahora treparíamos hasta llegar a lo alto de la colina.

Terri iba a mi lado, visiblemente inquieta.

—¿Estás lista? —pregunté.

Asintió con la cabeza. Tenía el semblante muy serio.

—Nosotros os esperaremos aquí —dijo Sam con un susurro—. Si el fantasma sale, nosotros nos encargaremos de distraerle. Buena suene.

Los tres hermanos se quedaron inmóviles, apiñados. Su expresión reflejaba miedo. Nat cogió la mano de su hermana.

—Adiós, Terri —se despidió el niño con su dulce voz. Creo que mi hermana le gustaba.

—Hasta dentro de un rato —le respondió Terri en voz baja—. No te preocupes, Nat. Nos libraremos de ese maldito fantasma. Vamos, Jerry.

Al ponernos en marcha, sentí que me flaqueaban las piernas. No nos detuvimos. Andábamos con cuidado.

Me giré para mirar a Terri, que me seguía a unos pocos metros. Respiraba con nerviosismo y entrecerraba los ojos para concentrarse mejor.

Alcanzamos la boca de la cueva. La luz brillaba con mucha

intensidad desde el interior.

Señalé hacia la derecha. Terri asintió con la cabeza y me siguió, trepando por las rocas de ese lado de la cueva.

Las piedras estaban húmedas y resbaladizas. Nos ayudábamos con las manos para avanzar. El terreno era más abrupto de lo que había imaginado.

Hice acopio de valor para continuar. Era consciente de que bastaría un solo resbalón para provocar un desprendimiento. Eso alertaría al fantasma. Tuvimos mucha precaución para no perder el equilibrio. Me detuve un momento para coger aliento. Aproveché para echar un vistazo a la playa. Nuestros tres amigos no se habían movido.

Me apoyé en una roca con una mano, y con la otra les hice una señal. Nat me respondió de la misma forma. Sus dos hermanos permanecieron inmóviles.

Llegamos a lo alto de la cueva. La superficie de las rocas era lisa y llana. Me di la vuelta y alargué la mano para ayudar a mi hermana en su último esfuerzo.

Estudiamos la situación. Nos dimos cuenta de que las rocas que teníamos frente a nosotros no eran tan grandes como nos había parecido. Estaban apiladas, formando un sólido bloque. No parecía demasiado difícil hacerlas rodar hacia abajo.

Cuando me dispuse a mover aquel montón de piedras, miré por última vez a nuestros amigos.

Sam agitaba los brazos en el aire y daba saltos en la arena. Louisa y Nat también me hacían señas frenéticamente.

—¿Qué ocurre? —gritó Terri—. ¿Qué están haciendo?

—Intentan decirnos algo —respondí. Un escalofrío de terror me recorrió todo el cuerpo.

¿Habría salido el fantasma de la cueva? ¿Nos habría descubierto?

Respiré profundamente. Me sobrepuse al miedo y asomé la cabeza por encima de una de las rocas para observar la entrada.

No había nadie.

—¡Ten cuidado, Jerry! —gritó mi hermana—. ¡Te vas a caer!

Me incorporé.

—¡Eh! —Vi que los tres niños corrían hacia el bosque—. ¡Aquí

está ocurriendo algo! ¡Larguémonos! —grité con voz entrecortada. Me invadió el pánico.

Me giré a tiempo para ver que el fantasma venía a por nosotros.

La luz de la luna permitía ver su cuerpo. Su mirada denotaba enfado.

Me agarró por el hombro y alargó su otro brazo para coger a Terri por la cintura.

—Venid conmigo —dijo con un ronco suspiro, el suspiro de la fatalidad.

20

Nos arrastró hasta la entrada de la cueva.

Nos sujetaba con una fuerza impropia de alguien mayor y de aspecto tan débil.

Todo se volvió borroso. Todo daba vueltas a mi alrededor. Parecía como que el suelo se moviera. Sentí que unas enormes sombras se apoderaban de mí.

Intenté gritar pero no conseguí emitir ningún sonido.

Traté de liberarme de sus garras pero era demasiado fuerte para mí.

Terri sollozaba desesperada. Sacudía los brazos con fuerza para deshacerse de él.

Pero aquel viejo fantasma la tenía agarrada muy fuertemente.

Antes de que pudiera darme cuenta nos estábamos adentrando en la cueva a través de tortuosos túneles oscuros. Empezamos a vislumbrar la intensa luz de las velas. Nos estábamos acercando. Nos encontrábamos demasiado asustados para enfrentarnos a él, demasiado aterrorizados para intentar huir.

Me hice un rasguño en el hombro contra una de las paredes, pero estaba tan aterrorizado que ni siquiera pude gritar.

En cuanto llegamos a la bóveda de las velas, el fantasma nos soltó. Con una mirada severa y alzando una de sus manos, nos indicó que le siguiéramos hasta la mesa de madera.

—¿Qué… vas… a hacernos? —consiguió tartamudear Terri.

No respondió.

Se apartó el pelo de la cara y nos ordenó con un gesto que nos

sentáramos en el suelo.

Le obedecimos sin titubear. Me temblaba todo el cuerpo, así que agradecí no tener que quedarme de pie.

Cuando miré a Terri, me di cuenta de que le castañeteaban los dientes y que se apretaba las rodillas con fuerza.

El fantasma carraspeó y apoyó las manos en la tosca mesa.

—Os habéis metido en un buen lío —dijo con voz penetrante.

—¡No pretendíamos hacerte ningún daño! —le interrumpí…

—Mezclarse con fantasmas es muy peligroso —continuó, haciendo caso omiso de mis palabras.

—Si dejas que nos vayamos, no volveremos nunca más —propuse con desesperación.

—No era nuestra intención molestarte —añadió Terri con un hilo de voz.

Abrió los ojos con sorpresa.

—¿A mí? —Una extraña sonrisa se dibujó en su rostro.

—No le diremos a nadie que te hemos visto —le prometí.

Sonrió más abiertamente.

—¿Os referís a mí?

Se inclinó hacia nosotros. —¡Yo no soy un fantasma!— gritó. —¡Vuestros tres amiguitos sí lo son!

21

—¿Qué? —Me lo quedé mirando atónito.

Su sonrisa se desvaneció.

—Os estoy diciendo la verdad —dijo con calma, rascándose la mejilla.

—¡Nos está mintiendo! —protestó Terri indignada—. Esos tres niños…

—No son niños —la interrumpió bruscamente—. ¡Tienen más de trescientos cincuenta años!

Terri y yo nos miramos confusos. El pulso me latía con fuerza en las sienes. No podía pensar con claridad.

—Permitid que me presente —dijo el hombre, sentándose en el borde de la mesa. El reflejo de las velas nos permitía ver su rostro lleno de arrugas—. Me llamo Harrison Sadler.

—¿Otro Sadler? —exclamé desconcertado.

—¡Nosotros también nos apellidamos Sadler! —gritó Terri.

—Ya lo sé —respondió sin inmutarse. Le acometió una tos seca —. Hace bastante tiempo que llegué de Inglaterra —prosiguió.

—¿En 1641? —pregunté.

Me estremecí. Sí era un fantasma.

Pareció que mi comentario le resultaba divertido.

—¡No soy tan viejo! —respondió con su voz ronca—. Al terminar mis estudios, investigué mi árbol genealógico y descubrí que mis antepasados procedían de este lugar. Desde entonces me dedico al ocultismo y estudio sobre todo a los fantasmas.

—Suspiró profundamente—. Resultó que aquí había mucho por

estudiar…

Le miré con reticencia. Dudaba de sus palabras. ¿Nos decía la verdad? ¿Era un ser humano? ¿Se trataba de una maléfica trampa?

No podía descifrar nada en su mirada inexpresiva.

—¿Por qué nos arrastraste hasta aquí? —pregunté.

—Para advertiros —nos aseguró Harrison Sadler—. Para preveniros contra los fantasmas. Corréis un grave peligro. Yo los he estudiado y conozco su maldad.

Terri lanzó un grito. Ignoraba si ella lo creía o no.

Yo no creía ni una sola de sus palabras. Nada de lo que contaba tenía sentido.

Me puse de pie.

—Si realmente eres un científico que estudia el más allá, ¿por qué estás encerrado en esta extraña cueva? —le pregunté.

Alzó su mano lentamente y señaló el sombrío techo.

—Esta cueva es un santuario —murmuró. ¿Santuario? ¡Ésa era la palabra que Sam había empleado!

—Cuando un fantasma queda atrapado en la cueva, no puede salir jamás de ella —explicó Harrison.

—O sea que tú estás atrapado —insistí.

—Mi plan consiste en encerrar a todos los fantasmas aquí. —Me miró con dureza—. Ése es el motivo por el que amontoné las rocas en lo alto de la cueva. Espero lograrlo algún día.

Me volví hacia mi hermana. Estaba mirando a Harrison pensativa.

—¿Pero por qué vives aquí? —pregunté.

—Aquí estoy a salvo —respondió—. En el santuario estoy protegido. ¿No os habéis preguntado por qué os han enviado a vosotros en lugar de venir ellos?

—¡Nos han enviado porque te tienen terror! —grité, sobreponiéndome al miedo—. ¡Nos han enviado a nosotros porque tú eres el fantasma!

Su rostro cambió de expresión. Se alejó de la mesa y se dirigió rápidamente hacia nosotros. Parecía enfadado y le brillaban los ojos.

—¿Qué vas a hacer? —grité.

22

Harrison dio otro paso amenazador hacia nosotros.

—No me creéis, ¿verdad? —nos acusó.

Terri y yo estábamos demasiado asustados para responder.

—¿Qué… qué vas a hacernos? —pregunté vacilante.

Se nos quedó mirando, con la luz de las velas reflejada en su cara.

—Dejaré que os vayáis —dijo finalmente.

Terri soltó un grito de sorpresa.

Di un paso hacia atrás.

—Dejaré que os vayáis —repitió Harrison Sadler—. Examinad la zona derecha del cementerio. Marchaos. Marchaos ya. Id al cementerio.

—¿De verdad… de verdad que nos dejas marchar? —tartamudeé.

—Observad con detenimiento esa zona. Volveréis —aseguró Harrison misteriosamente—. Sé que volveréis.

«¡Que te crees tú eso!», pensé. El corazón me latía con fuerza.

Jamás volvería a aquella cueva tenebrosa.

—¡Marchaos! —gritó el viejo fantasma.

Terri y yo dimos media vuelta y salimos corriendo de ahí. Ninguno de los dos miró hacia atrás.

No pude dejar de ver la cara de Harrison durante todo el camino. Sus ojos maléficos, su pelo largo y desgreñado y sus dientes

amarillos tras su sonrisa espectral habían quedado grabados en mi mente para siempre. Me estremecí al recordar su fuerza inhumana al arrastrarnos a Terri y a mí hacia la cueva.

Tampoco podía olvidarme de Sam, Louisa y Nat. ¡Era imposible que fueran fantasmas! Eran nuestros amigos. Habían tratado de advertirnos que el fantasma se estaba aproximando hacia nosotros. Nos habían contado que Harrison les había aterrorizado durante todas sus vidas y recordé el triste semblante de Nat cuando nos explicaba el miedo que le daban los fantasmas.

«¡Harrison Sadler es un mentiroso! —pensé con amargura—. ¡Un fantasma mentiroso de trescientos cincuenta años!».

Cuando llegamos a la playa nos detuvimos para tomar aliento.

—¡Es tan tenebroso! —recordó Terri.

—No puedo creer que nos haya soltado —respondí.

Me incliné, apoyando las manos en las rodillas y esperé a que el dolor del hombro empezara a calmarse.

No había ni rastro de nuestros tres amigos.

—¿Vamos al cementerio? —pregunté.

—Yo ya sé lo que quiere que veamos —aseguró Terri, mirando de nuevo hacia la cueva—. Ya sé lo que quiere que descubramos. Ahí es donde encontramos las lápidas de Louisa, Nat y Sam.

—Sí, ¿y qué?

—Harrison trata de asustarnos. Cree que así puede probar que ellos son fantasmas.

—Pero nosotros ya conocemos la historia sobre esas tumbas —concluí.

Nos adentramos en el bosque. Estaba refrescando.

La luz de la luna se filtraba a través de las ramas de los árboles, proyectando extrañas sombras en el camino.

Nos detuvimos al llegar a la entrada del cementerio.

—Creo que deberíamos entrar otra vez, Jerry —sugirió mi hermana.

Entré tras ella. Nos abrimos camino entre las lápidas y los matorrales hasta llegar a la zona que nos había indicado Harrison.

La luz de la luna iluminaba tenuemente las tumbas de los tres niños.

—¿Ves algo extraño? —preguntó Terri con voz susurrante.

Escudriñé atentamente la zona.

—Nada de nada.

Nos colocamos sobre las tumbas para inspeccionarlas mejor.

—Parece que esto está exactamente igual que ayer —dije—. Todo está en su sitio…, ¡ostras!

Me pareció ver algo diferente en una esquina.

—¿Qué ocurre?

Me esforcé para ver con más claridad.

—Creo que ahí hay alguna cosa…

—Pero, ¿qué? ¿Ves algo?

—¡Tierra fresca! En la esquina, al otro lado del árbol. Parece una tumba recién cavada.

—Es imposible —dijo Terri—. Comprobé todas aquellas lápidas. No se ha enterrado a nadie aquí desde hace cincuenta años por lo menos.

Avanzamos con sigilo en dirección al árbol.

—¡Tienes razón, Jerry! Es una tumba recién cavada.

Saltamos por encima del tronco sin separarnos, casi a la vez.

Aquel montón de tierra estaba ligeramente iluminado por la luna.

—¡Son dos tumbas! —exclamé—.Y tienen grabadas unas inscripciones.

Me agaché para leerlas. Terri se situó detrás de mí.

—¿Qué es lo que pone, Jerry?

Tenía la boca tan seca que no podía responderle.

—¿Qué te ocurre, Jerry?

—¡Dios mío, Terri! ¡Son para nosotros! ¡Lee, Terri!:

JERRY SADLER Y
TERRI SADLER

23

—¿Qué… qué significa esto? —tartamudeé.

—¿Quién habrá cavado estas tumbas? —preguntó mi hermana —. ¿Quién habrá grabado estas inscripciones?

—¡Larguémonos de aquí ahora mismo! —Agarré a mi hermana del brazo—. Vamos a contárselo a Agatha y Brad.

Terri dudó un momento.

—¡Tenemos que hacerlo! —insistí—. Debemos contárselo todo. Hace mucho tiempo que hubiéramos tenido que hacerlo.

—De acuerdo.

Me volví. Cuando nos disponíamos a marcharnos, lancé un suspiro de terror al ver las tres figuras que nos miraban fijamente entre las sombras.

Sam saltó por encima del árbol.

—¿Dónde vais? —preguntó—. ¿Qué estáis haciendo aquí?

Louisa y Nat se acercaron a él.

—Volvíamos a casa —les dije—. Es tarde y…

—¿Habéis matado al fantasma? —preguntó Nat. Me miraba expectante.

Acaricié su pelo. Parecía real. La temperatura de su cuerpo era la de un ser humano normal. ¡No era un fantasma! Era un niño de carne y hueso.

«Harrison Sadler es un mentiroso», pensé. —¿Has matado al fantasma?— insistió el niño con impaciencia.

—No, no hemos podido —respondí. Nat suspiró desilusionado.

—¿Y cómo habéis logrado escapar? —intervino Sam con un

toque de desconfianza en la voz.

—Huimos corriendo —le explicó Terri.

La respuesta de mi hermana no era del todo falsa.

—¿Y dónde estabais vosotros? —pregunté.

—Eso, ¿dónde estabais? No es que hayáis hecho muy bien vuestro trabajo —me apoyó Terri.

—Nosotros… nosotros intentamos avisaros —intervino Louisa, tocándose nerviosamente su bonito pelo caoba—. El fantasma se asustó y corrimos a escondernos en el bosque.

—Al no oír el estrépito de las rocas, todavía nos asustamos más —añadió Sam—. Temíamos que el fantasma os hubiera secuestrado. Teníamos miedo de no volver a veros nunca más.

—Tenemos que matar al fantasma —dijo Nat sollozando mientras cogía a Louisa de la mano—. ¡Tenemos que hacerlo! —lloriqueó.

Sam y Louisa intentaron consolar a su hermano. Miré de nuevo hacia las dos tumbas recién cavadas. Los árboles susurraban con la brisa.

Me dispuse a preguntarle a Sam sobre nuestro reciente descubrimiento, pero él se anticipó a mis palabras.

—Intentémoslo otra vez —propuso, implorando con la mirada.

Louisa puso las manos en los hombros de Nat.

—Sí —dijo apoyando a su hermano—. Regresemos y volvamos a intentarlo.

—¡Qué va! —grité—. Terri y yo hemos conseguido escapar de las garras del fantasma. Yo no voy a volver y…

—¡Pero ahora es el momento idóneo! —insistió Louisa—. No sospechará que volváis esta noche. Le pillaremos desprevenido. Será toda una sorpresa para él.

—¡Por favor! —rogó Nat dulcemente.

Abrí la boca pero no logré articular una sola palabra. No podía creer que nos estuvieran pidiendo una cosa semejante.

Terri y yo habíamos arriesgado nuestras vidas al intentarlo. Ese viejo fantasma embustero hubiera podido matarnos. Podríamos haber acabado como aquel pobre perro.

Y ahí estaban ellos, suplicándonos que volviéramos a la cueva.

Era una idea ridícula. No iba a acceder a ella bajo ningún

concepto. ¡Ni hablar!

—De acuerdo… —decidió mi hermana por su cuenta—. Lo haremos.

Louisa y sus hermanos daban brincos de alegría. Terri acababa de jugarme otra mala pasada.

24

Terri se dirigió hacia la playa. Yo corrí para alcanzarla. Los Sadler nos seguían de cerca, hablando animadamente.

De repente la noche parecía más oscura, como si alguien hubiera atenuado la luz. Levanté la vista, buscando la luna llena, pero ésta había desaparecido tras unas espesas nubes.

Me cayó una enorme gota sobre el hombro, y luego otra sobre la cabeza.

El viento arreciaba a medida que nos acercábamos al océano.

—¿Es que te has vuelto loca? —le susurré a mi hermana mientras caminábamos sobre la gruesa arena que conducía a la cueva—. ¿Cómo has podido acceder a hacer esto?

—Debemos resolver este misterio de una vez por todas —replicó Terri, levantando la vista hacia la cueva, que aparecía entre la oscuridad de las rocas.

No se veía ninguna luz ni señal alguna del fantasma.

—Te recuerdo que no se trata de uno de nuestros estúpidos libros de misterio —la regañé enfadado—. Esto es la vida real y podemos correr un gran peligro.

—Ahora ya no podemos volver atrás —respondió ella con voz enigmática. Después dijo algo más, pero el fuerte viento del océano se llevó sus palabras.

La lluvia empezó a caer con más fuerza. Las gotas eran cada vez más grandes.

—Ya está bien, Terri —le rogué—. Es mejor que regresemos. Digamos a los demás que hemos cambiado de opinión. —Ella negó

con la cabeza—. Al menos podríamos regresar a casa para explicarles todo a Agatha y Brad —le supliqué—. Podemos atrapar al fantasma mañana. Quizá durante el día…

Terri continuó avanzando, cada vez más deprisa.

—Tenemos que resolver este misterio —repitió de nuevo—. Esas dos sepulturas me asustan mucho. Necesito descubrir la verdad.

—¡Pueden asesinarnos, Terri! —grité.

Parecía como si no me estuviera escuchando. Me quité las gotas de lluvia de los ojos. Nos vimos inmersos en un torbellino de agua y viento. Las gotas sonaban como tambores al chocar contra las rocas.

Nos detuvimos al llegar al pie de la gran roca La cueva estaba situada justo por encima de nosotros, silenciosa y oscura.

—Esperaremos aquí abajo —dijo Sam. Sus ojos continuaban clavados en la entrada de la cueva. Se le notaba realmente asustado —. Esta vez lo haremos mejor. Distraeremos al fantasma cuando salga.

«Espero que no salga», dije para mis adentros al tiempo que bajaba la cabeza para evitar la lluvia.

Un gigantesco relámpago atravesó el cielo con un estrépito sobrecogedor. Me puse a temblar.

—Subid con nosotros —indicó Terri a los tres muchachos—. Desde aquí abajo no podéis ayudarnos.

Dieron un paso atrás. El miedo se reflejaba en sus rostros.

—Al menos subid hasta la entrada de la cueva —insistió Terri—. Siempre podréis deslizaros rocas abajo si aparece el fantasma.

Louisa dijo que no con la cabeza. —Estamos demasiado asustados— confesó. —Pero necesitamos vuestra ayuda— prosiguió Terri. —No queremos que el fantasma sepa que estamos encima de la cueva. Venid con nosotros y esperad frente a ella. Entonces, si apa…

—¡No! ¡Nos hará daño! ¡Nos devorará! —la interrumpió Nat.

—Jerry y yo no subiremos otra vez ahí arriba si no venís con nosotros —repitió mi hermana firmeza.

Louisa y Sam intercambiaron una mirada, aterrorizados. Nat se aferró a Louisa tembloroso.

Mientras, la tormenta era cada vez más fuerte.

—De acuerdo. Os esperaremos en la boca de la cueva —accedió

Sam finalmente.

—En realidad no tenemos tanto miedo —se excusó Louisa—. Lo que pasa es que hemos vivido asustados durante toda nuestra vida. Él… él… —Su voz se apagó.

Dimos media vuelta y empezamos a subir. Esta vez nos costó más porque no había luna y la oscuridad lo invadía todo. La lluvia seguía cayendo sobre mis ojos, y además las rocas estaban mojadas y resbaladizas.

Tropecé dos veces y caí hacia delante. Tenía las rodillas y los codos llenos de arañazos. Las piedras caían rodando hacia la playa bajo nuestros pies.

El estrépito de otro relámpago iluminó totalmente el cielo, y la cueva apareció ante nosotros como una visión espectral.

Nos detuvimos en la roca que había frente a la entrada de la cueva. Mi cuerpo tiritaba de frío y de miedo.

—Resguardémonos dentro unos minutos —sugirió Terri.

Los Sadler se arrimaron unos a otros.

—No, no podemos. Estamos demasiado asustados —replicó Louisa.

—Sólo será un momento —insistió Terri—. El tiempo necesario para retirarnos el agua de los ojos. Está cayendo a raudales.

Prácticamente empujó a Louisa y a sus hermanos al interior de la cueva. Nat empezó a llorar mientras se sujetaba con fuerza a su hermana.

El estrépito de un trueno nos sobresaltó a todos.

«Ésta es la cosa más estúpida que he hecho en toda mi vida —pensé sin dejar de temblar—. Nunca se lo perdonaré a Terri. Nunca».

Una luz amarilla apareció de repente ante nosotros en la boca de la cueva. Bajo aquel tenue resplandor vimos la figura del fantasma. Sujetaba una antorcha humeante y en su pálido rostro se dibujaba una extraña sonrisa.

—Vaya, vaya —dijo con un tono de voz lo suficientemente alto como para que pudiéramos oírle entre el ruido de la tormenta—. Aquí estamos, volvemos a encontrarnos.

25

—¡Aaah! —Nat soltó un chillido aterrador y se agarró con fuerza a su hermana. Sam y Louisa se quedaron paralizados como estatuas. La titilante luz de la antorcha iluminaba la expresión de terror en sus caras.

Harrison Sadler permanecía de pie en la entrada de la cueva, bloqueando la salida. Sus ojos oscuros y hundidos no se apartaban ni por un instante de cada uno de ellos.

Detrás de él, la lluvia seguía cayendo con fuerza en medio del brillante resplandor de los relámpagos.

De pronto dirigió su atención hacia mí y hacia mi hermana.

—Vosotros sois los que me habéis traído a los fantasmas —dijo.

—¡Usted es el fantasma! —chilló Sam.

Nat no paraba de gimotear mientras rodeaba fuertemente con los brazos la cintura de su hermana.

—Ya habéis aterrorizado a la gente durante demasiado tiempo —dijo el hombre a los tres niños temblorosos—. Durante más de trescientos años. Ha llegado el momento de que abandonéis este lugar, de que descanséis para siempre.

—¡Está loco! —gritó Louisa dirigiéndose a mí—. ¡No lo escuchéis!

—No dejéis que os engañe —añadió Sam suplicante—. ¡Miradle! ¡Mirad sus ojos! ¡Mirad dónde vive, completamente solo en esta oscura caverna! Es él el fantasma que ha vivido durante trescientos años. ¡Os está mintiendo!

—¡No nos haga daño! —imploró Nat, agarrándose a Louisa con

más fuerza—. ¡Por favor, no nos haga daño!

De repente empezó a amainar la lluvia. El agua salpicaba las rocas de fuera y las gotas caían sin cesar en la entrada de la cueva. A lo lejos se oyó el eco de un trueno. La tormenta se estaba desplazando finalmente hacia el mar.

Me giré hacia mi hermana y me di cuenta que tenía una extraña expresión… ¡Estaba sonriendo!

Al instante se dio cuenta de que la estaba observando.

—Al fin tenemos la respuesta —susurró.

Fue entonces cuando de pronto supe por qué había accedido mi hermana a regresar a aquel horripilante lugar. Lo que en realidad deseaba era enfrontarse de nuevo a aquel espantoso ser. Terri quería resolver el misterio. Necesitaba resolverlo.

¿Quién podía ser el fantasma? ¿Sería Harrison Sadler, o nos estaría diciendo la verdad? ¿Y si nuestros tres amigos eran los fantasmas?

«Mi hermana está completamente loca», pensé sacudiendo la cabeza. Estaba arriesgando las vidas de todos nosotros sólo para conseguir lo que quería: resolver el misterio.

—Déjenos marchar —dijo Sam a aquel hombre, interrumpiendo mis pensamientos—. Si nos deja marchar no le contaremos a nadie que hemos visto un fantasma.

Una ráfaga de viento penetró en la cueva e hizo oscilar la llama de la antorcha. Los ojos de Harrison parecían todavía más oscuros.

—He esperado demasiado tiempo este momento —dijo pausadamente.

De repente Louisa se volvió hacia Terri.

—¡Ayúdanos! —chilló—. Tú nos crees, ¿verdad?

—Sabes que somos seres humanos y no fantasmas —dijo Sam dirigiéndose a mí—. Ayudadnos a escapar de él. Es diabólico, Jerry. Hemos sido víctimas de su maldad durante toda nuestra vida.

Mis ojos se clavaron en Harrison, y luego en los tres muchachos.

¿Quién estaría diciendo la verdad? ¿Quién estaría vivo y, sobre todo, quién había estado muerto durante trescientos años?

El rostro de Harrison se alzó tras la temblorosa luz de la antorcha que sujetaba con una mano, mientras con la otra se retiraba un mechón de largos cabellos de la frente. Luego juntó los

labios y lanzó un largo y agudo silbido.

Me dio un vuelco el corazón y durante un rato me costó respirar. ¿Qué hacía? ¿Por qué silbaba de aquel modo tan espeluznante?

Se detuvo unos instantes y continuó de nuevo.

Oí el ruido de unos pasos ágiles y rápidos que retumbaban sobre el suelo rocoso de la cueva. Entonces vislumbramos entre las sombras la figura de algo que se acercaba a grandes zancadas.

26

«¡Un monstruo! —pensé—. ¡Un monstruo fantasma!».

Parecía murmurar en voz baja, y sus amenazadores gruñidos se oían cada vez más cerca. Movía la cabeza de un modo extraño, y cuando la luz de la antorcha iluminó aquella criatura aparecieron dos fulgurantes ojos de color sangre.

—¡Ah! —exclamé aliviado al descubrir que se trataba de un perro. Era un pastor alemán bastante flaco.

El animal se detuvo a unos pocos metros de nosotros. Cuando vio a Harrison enseñó los colmillos, y sus gruñidos se convirtieron en feroces amenazas.

«Los perros reconocen a los fantasmas —recordé—. Los perros reconocen a los fantasmas».

Los ojos del perro reflejaron la luz rojiza de la antorcha al girarse hacia Louisa y sus hermanos. Se alzó sobre sus patas traseras y empezó aladrar.

—¡Son ellos los fantasmas! —exclamó Harrison Sadler triunfante dirigiéndose a nosotros mientras señalaba a los chicos.

El enorme perro, sin dejar de gruñir, se abalanzó sobre Sam, que lanzó un chillido de terror e intentó protegerse con los brazos. Los tres Sadler intentaron refugiarse, penetrando un poco más en la cueva.

El perro no cesaba de ladrar furioso, mostrando sus afilados colmillos.

—Vosotros… vosotros… ¿Sois realmente los fantasmas? —preguntó vacilante.

Louisa dejó escapar un suspiro de impotencia.

—¡Nunca hemos tenido la oportunidad de vivir! —exclamó entre sollozos—. ¡El primer invierno fue terrible! —Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas y me di cuenta de que Nat también estaba llorando.

El animal continuaba ladrando ferozmente. Los tres hermanos penetraron más en la oscura caverna.

—Vinimos en barco hasta aquí con nuestros padres para empezar una nueva vida —explicó Sam con voz trémula—, pero fallecimos por culpa del frío; ¡fue muy injusto!

Empezó a llover de nuevo y el viento empujó el agua hacia el interior de la cueva. La llama de la antorcha osciló tanto que parecía que iba a apagarse.

—¡Jamás tuvimos la oportunidad de vivir! —chilló Louisa.

Los truenos retumbaban, y por un instante tuvimos miedo de que la cueva se derrumbara.

Me quedé mirando fijamente a Sam, Nat y Louisa, y me di cuenta de que su aspecto empezaba a cambiar. Primero se les desprendieron los cabellos, que cayeron al suelo. Después la piel se les empezó a caer a tiras. Al final sólo quedaron tres calaveras que nos miraban a Terri y a mí con sonrisa burlona, a pesar de no tener ojos.

—¡Venid con nosotros, primos! —susurró la calavera de Louisa con las manos extendidas hacia nosotros.

—¡Venid con nosotros! —repitió Sam mientras sus mandíbulas descarnadas se movían para articular las palabras—. Cavamos aquellas preciosas tumbas para vosotros. No tengáis miedo. Venid…

—¡Venid a jugar con nosotros! —suplicó la calavera de Nat—. Quedaos y jugad conmigo. No quiero que os marchéis. ¡Nunca!

Los tres fantasmas se dirigieron hacia nosotros, con sus esqueléticas manos intentando desesperadamente alcanzarnos a Terri y a mí.

Se me cortó la respiración y me tambaleé hacia atrás. Vi que el asustado Harrison retrocedía vacilante.

Entonces, la antorcha empezó a oscilar.

27

La llama de la antorcha se fue debilitando hasta apagarse del todo. Me quedé sin aliento. Sentía que los cuerpos se movían arrastrándose sobre el mojado suelo rocoso de la cueva.

También oía las siseantes súplicas de los tres fantasmas, cada vez más cerca.

Entonces una mano fría agarró la mía. Chillé aterrorizado hasta que oí una tenue voz que me decía:

—¡Jerry… corre!

Era Terri.

Antes de que pudiera recuperar el aliento, mi hermana me empujó hacia fuera en la penumbra. Salimos al montículo rocoso y resbaladizo mientras la lluvia empapaba nuestros cuerpos.

—¡Corre! ¡Corre! —gritó Terri con mirada asustada y sin soltarme de la mano en ningún momento—. ¡Corre! ¡Corre!

Aquellas palabras se convirtieron en un ruego desesperado.

Mientras intentábamos deslizamos entre las rocas, el estallido de un trueno ahogó los gritos de Terri. El suelo empezó a temblar y me resultaba difícil controlar las piernas. Solté un chillido de horror al darme cuenta de que aquel estrépito no procedía de un trueno.

Casi cegados por la lluvia, nos giramos a tiempo para vislumbrar cómo las rocas de la cueva empezaban a rodar montaña abajo.

Probablemente el desprendimiento se debía al fuerte azote de la lluvia y el viento. Las enormes piedras se resquebrajaban produciendo un enorme estruendo, chocaban unas con otras y rodaban hacia abajo, una después de otra, golpeando con fuerza el

rocoso saliente.

Finalmente, la boca de la oscura cueva quedó completamente bloqueada.

Me protegí los ojos de la lluvia con las manos, me quedé mirando fijamente la caverna… y esperé por si salía alguien.

Pero nada se movió. No vi a los niños fantasmas ni al hombre.

Harrison Sadler había perdido su vida para capturar a los fantasmas.

La cueva se iluminó bajo la luz de un relámpago.

En aquel momento era yo quien tenía que sacar a Terri de aquel lugar espantoso.

—Vámonos de aquí —le ordené.

Pero ella permanecía de pie, inmóvil, con la mirada fija en la caverna completamente cerrada para siempre.

—Terri, por favor. Vámonos. Todo ha terminado. —Le rogué, cogiéndola con fuerza—. El misterio está resuelto. La pesadilla ha terminado.

28

Unos minutos más tarde Agatha abría rápidamente la puerta de la casa y salía como un rayo para recibirnos.

—¿Dónde os habíais metido? ¡Brad y yo estábamos muy preocupados!

Nos empujó hacia el interior de la casa, meneando la cabeza, hablando con nerviosismo, aunque contenta de que hubiéramos regresado sanos y salvos.

Nuestra prima nos pidió que nos secáramos y nos vistiéramos con ropa limpia.

Cuando nos reunimos con Agatha y Brad en la cocina, ya había dejado de llover. Tomamos una taza de leche caliente. A través de los cristales de la ventana llegaba el silbido del viento y el ruido de la lluvia.

—Muy bien. Ahora explicadnos todo lo sucedido —dijo Brad—. Agatha y yo estábamos muy preocupados de que estuvierais por ahí con esta tormenta.

—Es que es una historia muy larga —empecé, sujetando la taza con ambas manos—. No sé por dónde empezar.

—Hazlo por el principio —dijo Brad con tranquilidad—. Es la mejor manera.

Terri y yo les explicamos lo mejor que pudimos la historia de los tres hermanos fantasmas, el viejo y la misteriosa cueva. Mientras hablábamos, me di cuenta de que la expresión de sus caras cambiaba por momentos.

Me di cuenta también de que realmente habían estado muy

preocupados por nosotros y un poco enfadados por haber desoído sus consejos y haber corrido tantos riesgos.

Cuando acabé el relato, la habitación se quedó en completo silencio. Brad miró fijamente las gotas de lluvia que resbalaban por el cristal de la ventana. Agatha carraspeó pero no pronunció una sola palabra.

—Lo sentimos mucho —dijo Terri, rompiendo el silencio—. Espero que no os enfadéis con nosotros.

—Lo que importa es que estáis sanos y salvos —nos tranquilizó Agatha.

Se levantó, se dirigió hacia mi hermana y le ofreció una taza de leche caliente. Después fue hacia mí con los brazos extendidos, pero de repente se detuvo al oír un ruido que venía de fuera. Eran los ladridos de un perro.

Terri se encaminó rápidamente hacia la puerta y la abrió.

—¡Mira, Jerry! —gritó—. Es el perro de Harrison Sadler. Consiguió salir a tiempo de la cueva. Debe de habernos seguido hasta aquí.

Me dirigí hacia la puerta abierta de la entrada. El animal estaba completamente empapado, con el pelo gris revuelto.

Terri y yo nos agachamos para acariciarlo pero el animal se retiró y empezó a gruñir.

—Tranquilo, chico —le dije—. Has pasado mucho miedo, ¿verdad?

El perro me miró y empezó a ladrar. Terri se puso en cuclillas e intentó calmar al animal, pero éste se apartó bruscamente de ella y continuó ladrando con furia.

—¡Eh, que soy tu amigo! —exclamé—. ¿No te acuerdas? No soy ningún fantasma.

Terri se volvió hacia mí sorprendida.

—Tienes razón. Nosotros no somos fantasmas. ¿Por qué se comporta de este modo?

Yo me encogí de hombros.

—Tranquilo, chico. Tranquilo —le dije.

El perro pasó de mis palabras y continuó ladrando y aullando. Yo me di la vuelta y vi que Brad y Agatha estaban acurrucados contra la pared de la cocina, con cara de terror.

—Son Brad y Agatha —le dije al chucho—. Son buena gente. No te harán daño.

Tragué saliva. Mi corazón comenzó a latir con fuerza. Ya sabía por qué el animal estaba ladrando de ese modo. Era precisamente por Agatha y Brad.

Agatha se acercó a la entrada de la casa, señalando amenazadoramente con el dedo.

—¡Eres un perro malo! —gritó—. ¡Perro malo! ¡Ahora también has desvelado nuestro secreto!

Terri se quedó sin aliento al comprender lo que Agatha estaba diciendo.

Agatha cerró de golpe la puerta de la cocina y se volvió hacia Brad.

—Es una pena que haya aparecido este maldito perro —le dijo moviendo furiosa la cabeza—. ¿Qué hacemos ahora con esos dos niños, Brad? ¿Qué hacemos con ellos?



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.